COMEDIA FAMOSA.

HERODES ASCALONITA, Y LA HERMOSA MARIANA.

DE DON GASPAR LOZANO MONTESINO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Heródes, Rey de Judea. *Joseph, marido de Salomé.* *Lázaro, Criado.* *Mariana, muger de Heródes.* *Salomé, hermana de Heródes.* *Isabel, Criada.* *La Fama.* *Música.* *Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Dice dentro Mariana, é irá saliendo como huyendo Heródes con un puñal desnudo, y terciada la capa: saldrá por una puerta, y entrará por la otra.

Mar. A Guarda, espera, detente,
esposo, dueño y señor,
por qué me hieres y huyes?
por qué me matas? Ay Dios!

Sale á medio vestir lo mas bizarra que pueda.

Si fué sueño, si fué sueño?
Si ha sido vana ilusion
la que me ha robado á sustos
sangre, fuerza, brio y valor?
Todo es sombra quanto encuentro,
y tal con el miedo estoy,
que aun para llamar me faltan
alma, vida, aliento y voz.

Dentro Joseph por la otra parte.

Jos. Quitarme la espada á mí
para injurias, eso no,

Sale en cuerpo de jubon, sin sombrero, y la espada desnuda.

que son desayres que manchan
sangre, lustre, fama, honor.
Apénas me hallo conmigo,
que un susto que hiere atroz,
al mas valiente le postra
vigor, fuerza, pulso, accion.

Mar. Pero quién habla aquí dentro? *ap.*
Jos. Mas quién suena en el salon? *ap.*
Mar. Esforzaos, aliento mio.
Jos. Animémonos, valor.
Mar. Ola, quién::- *Muda la voz.*
Jos. La Reyna es esta. *ap.*
Mar. Profana::-
Jos. Perdido soy! *ap.*
Mar. Atrevido::-
Jos. Fuerte lance! *ap.*
Mar. Este sagrado?
Jos. Ay dolor!
Mar. Pasos siento, y no responden. *ap.*
Jos. Huyamos de la ocasion.

An-

Andan como á obscuras, Joseph buscando la puerta, y Mariana siguiéndole.

Mar. Pues por vida::- *Jos.* Ya no atino
con la puerta. *Mar.* Que haga yo::-
Jos. Hay tal desdicha! *Mar.* Pedazos
al autor de la traicion.
Jos. Que así desatine un miedo? *ap.*
Mar. Que así se atreva un traidor? *ap.*
Jos. O pesar de mi fortuna!
Mar. O pesar de mi pasion!
mas ya he hallado::-

Encuentránse en medio del tablado, ella le ase del brazo, y él procura desasirse.

Jos. Señora::-
Mar. Con quien aleve::- *Jos.* No son
ofensas, sino recatos
los que piensas. *Mar.* Ya al rumor
suenan algunos despiertos:
ola, luz aquí. *Jos.* Quién vió *ap.*
que una lealtad se convierta
en especie de traicion!

Salen Isabel con luz por donde salió Mariana, Salomé á medio vestir por donde salió Joseph, y en conociéndose se aparta Mariana á un lado y Joseph á otro lado, todos admirados.

Isab. Señora, quién::-
Salom. Quién, hermana::-
Isab. Mas ay Cielos! *ap.*
Salom. Mas ay Dios! *ap.*
Josepho mi esposo aquí,
y descompuestos los dos
á obscuras y sin testigos!
detente imaginacion,
que para muger zelosa
es insufrible rigor
desmentir, que no hay ofensa
en riesgos de la ocasion.
Mar. Ni sé lo que por mí pasa,
ni sé lo que viendo estoy;
porque hay lances tan urgentes,
que al desengaño mayor
le harán que verdades juzgue
mentiras que el daño urdió.
Joseph estará corrido,
pues se mira entre las dos
con la culpa hecha cordel,
y arrastrando la razon.
Salomé estará zelosa,
confusa Isabel, y yo
entre agraviada y confusa,
mar de penas hecha estoy.
Desháganse pues los nudos
de este aprieto, y sin ficcion
diga cada qual la causa,
que á este lance le movió.
Apúrese esta verdad,
porque una imaginacion,
hecha escándalo del vulgo,
mancilla mucho un honor.
Y pues yo fuí la primera,
á quien qual dormida flor,
rápido cierzo de asombros
de todo el lustre la ajó;
pues fuí la primera, digo,
que arrastrada de un temor,
violentada de una injuria
vine aquí, dadme atencion.
Del Pontífice Hircano Regia alcuña,
q̃ aun hoy con la vejez la espada empuña
contra Antígono aleve su sobrino,
porque llevado de un feral destino
la dignidad le usurpa y la corona,
y esta, segun la fama lo pregona,
á Herődes mi marido se la han dado
el César Marco Antonio y el Senado,
porque segun sus leyes,
ya los Romanos quitan y hacen Reyes;
de aquesta pues estirpe esclarecida
construí los preludios de mi vida,
y á la primera Aurora de Diana,
me apellidáron la hermosa Mariana,
como si con llamarse ó ser hermosa
vinculase una dama lo dichosa;
porque ántes de ordinario la ventura
huye á todo correr de la hermosura.
Caséme qual sabeis, casi forzada,
porque siempre al amor fuí roca helada,
sí bien estimo y quiero á mi marido,
segun la obligacion con que he nacido,
que no consiste no en lo cariñosa
ser la muger honrada y virtuosa.
Abrevío el prólogo, y callo por sabidas
las

las desazones mal ó bien reñidas,
que hay entre dos casados
quando son naturales encontrados.
Antígono ayudado de los Partos
causó en Jerusalen horrores hartos,
y Heródes mas atento
huye el estrago que miró sangriento:
déxame en este fuerte
miéntras procura mejorar su suerte:
danle como ya he dicho la Corona,
honra toda debida á su persona,
y estándole esperando ver triunfante,
me sucede un presagio semejante.
Apénas (bien empiezo) apénas, digo,
mal hallada conmigo
(que la que es infeliz y desdichada,
aun consigo mismo está muy mal hallada)
me recogí esta noche á mi Palacio,
y al sueño me rendí por breve espacio,
quando soñaba (si es que lo soñaba)
que un hombre hácia mi lecho se acercaba
cubierto el rostro y descubierto el pecho,
todo á lo bravo hecho,
libres los brazos, viles las acciones,
y sin formar razones
con halagos villanos
á asirme fué grosero de ambas manos.
Visteis al áspid, que en la verde grama
aliña cauto mal mullida cama,
y sin prestarle antídoto el veleño
rinde todo el veneno al dulce sueño,
y el Labrador que llega descuidado
le pisa acaso, ó cógele el arado,
y sintiéndose herido
revuelve del corage enfurecido,
y contra quien le bruma, hiere y toca
rayos vibra en ponzoña por la boca?
Pues yo del mismo modo al ver tocarme
de mano agena, empiezo al punto á armar-
de tantas iras, cólera y enojo, (me
que por ojos y boca fuego arrojo.
Asustada, colérica, impaciente,
la sangre aun con lo helado algo caliente
(porque en batalla que al honor se apela,
la sangre aunque se asusta no se yela)
descompuesta la ropa (que si riño
es excusado, claro está, el aliño)
aunque en lo que tocó á pechos y cuello,
lo que faltó al cambray suplió el cabello:
que hay cabellos tambien tan comedidos,
que á un desnudo le prestan los vestidos;
porque no bruxulée un mal mirado,
lo que solo á un marido es reservado.
Así pues de revuelta ardiendo en furia
el rebozo le quito al que me injuria,
y conozco (ay de mí!) que es mi marido,
que desnudo un puñal (pierdo el sentido!)
me amenaza cruel (ó lance fuerte!)
y viéndome ya en manos de la muerte,
cúbrome de un sudor, toda hecha un yelo;
con ansias llamo al Cielo;
voy á tenerle el brazo, falta el brio,
mírole tierna, y digo, esposo mio?
y al pronunciar fué la pena tanta,
que anudada la voz en la garganta
me rendí entre el desmayo y la congoja,
marchita flor, que un cierzo la deshoja.
Quedóse entónces, pienso, enternecido,
que no es bronce un marido,
que al ver difunta el alma q̃ ha adorado,
por mas que se sospeche de agraviado,
dexe de hacerse todo á la ternura,
q̃ es gran ídolo á un hombre la hermosura.
Dexando pues el golpe en el amago,
suspẽde el q̃ iba á hacer sangriẽto estrago,
toma la puerta, y yo mas alentada
salto del lecho, y así mal aliñada
hasta esta quadra le salí siguiendo, (do
hállome á obscuras, siento q̃ anda huyen-
otra persona; y yo mas en el caso,
apurándole al miedo todo el vaso,
procuro conocerle, y al ruido
salis las dos, y hallais que tengo asido
á Joseph de este brazo.
Cuente él ahora, dexado el embarazo,
vergüenza, susto y miedo que le oprime,
cómo, con quién, y aquí la espada esgrime.

Jos. Hermosísima Mariana,
á quien ya respeto Reyna,
precioso iman de las luces,
bella emulacion de estrellas,
aunque Salomé me escuche
tan zelosa como atenta,
y aunque dé nombre de agravios
á fementidas sospechas:
diré lo que me ha pasado,

sin permitirle á la lengua
reboce con los engaños
las verdades desenvueltas.
Apénas me contó el tiempo
veinte hermosas Primaveras,
y en galanteos de mozo
di la libertad apénas,
quando una hermosura noble,
corsaria de las bellezas,
bandolera de las vidas,
pirata de las potencias,
me robó el alma de modo,
me cautivó de manera,
que con ser libre el arbitrio
la hube de adorar por fuerza;
pero con tanto decoro,
con tal arte, con tal cuenta,
que jamas supe su gusto,
ni supo mi aficion ella:
bien es verdad, que los ojos
se hablaban medio por señas,
y en silencio se decian
lo que callaban las lenguas;
que para amarse dos almas
quando las rige una estrella,
no es menester que se hablen,
basta solo que se vean.
Al tiempo pues que infeliz
iba ya á romper la nema
del secreto, haciendo esposa
la que idolatraba prenda,
la hallé casada con otro,
y empecé á llorarla agena.
O mal haya, amen, el hombre
que cae por su neglicencia
de la cumbre de unas glorias
al abismo de unas penas!
En fin, callado á lo cuerdo,
matando en el pecho el etna
que me abrasaba, y borrando
el hechizo de la idea,
dime por desentendido
de aquel amor, porque es mengua,
en quien es hombre de bien,
dexar rastros, ó dar muestras
de amor, que no ha de lograrlo
con humanas diligencias.
Hable la experiencia, hable
el mundo, pues no hay quien pueda
decir que en mi pecho vive,
rige, asiste, manda y reyna
mas muger que Salomé,
aunque no me lo agradezca,
porque con ella casado
olvidé el amor de aquella.
Al punto pues esta noche
cubrió el ayre con vayetas,
y entre los muchos silencios
aliñaba por lo negra
la cama en que duerme el dia,
tendiendo colcha de estrellas,
quando estando con mi esposa,
despues de delicias tiernas,
librado en un grave sueño,
juzgo soñando, que llega
desaforado aquel hombre,
que en mi amorosa tragedia
me ganó por mas dichoso
la joya que amé primera.
Arrebátame la capa,
y del cinto me descuelga
el puñal, mírame airado;
y yo, la cólera inmensa
hecha dogal, y el juicio
apurado en la impaciencia,
le pregunto: que qué busca?
que qué quiere? que qué intenta?
Lo que intento y lo que busco,
respondió con faz serena,
es matar á mi muger
con armas y capa vuestra.
Desapareció con esto,
y yo al rayo de la pena,
al golpe del sobresalto,
al susto de la inclemencia,
desperté sudando yelos,
la vida en intercadencias,
el valor desquadernado,
falto el pulso, el alma muerta:
sosiégome un rato, y como
un sueño trágico aprieta
mucho, quando toca en parte
que hay quien lo llore y lo sienta,
requiero á tiento la ropa,
y escucho si está despierta
mi esposa, siento que duerme,

y llevado de una necia
curiosidad, dexo el lecho,
y á medio vestir y apriesa
tomo la espada, y saliendo
con pisadas bien secretas,
vine á ver si encuentro al hombre,
que tantos sustos me cuesta.
Me hallé, señora, contigo,
harto sol para tinieblas,
harto norte para golfos,
harta luz para tragedias:
y pues ya están apuradas,
que han sido locas quimeras,
y fantásticas ficciones
las que á todos nos desvelan,
recógete tú á tu quarto,
y dándonos tu licencia,
irémos á darle al sueño
lo que de la noche resta.

Mar. Con mas confusion me voy.

Jos. Dexe los miedos tu Alteza. *Vase.*

Mar. Y tú, Salomé, qué dices?

Sal. Que aun no sé si estoy despierta
segun lo que escucho y veo.

Mar. Muerta voy. *Vase con Isabel.*

Sal. Y yo mas muerta
me voy abrasada en zelos,
de ver con la desvergüenza,
que habla Joseph en su dama
estando yo en su presencia.
Mucho llevo que pensar
de estos sueños, que á una mesma
hora á los dos los perturban,
los asustan, los despiertan,
y los sacan de sus camas,
y los hacen que se encuentran
sin luz, á obscuras y solos:
ó pesia á mi mal, ó pesia
con quien á vista de agravios
pueda hacerse á la paciencia. *Vase.*

Salen Joseph y Lázaro con aderezo de vestir en un azafate, y vístese segun dicen los versos.

Jos. Dame, Lázaro, el vestido,
y dexa de ser cansado.

Laz. Qué demonios te han picado
para hacer tan mal marido?
Pues dexando á una muger
en la cama como un Sol,
sales á hacer caracol
ántes del amanecer?
Vueltas das y tornos haces,
ya te elevas, ya suspiras,
ya al Cielo levantas iras,
ya escupes al suelo agraces.

Jos. Que no le aproveche á un hombre
andar fino y ser leal?
que no le baste su mal
de quien le agravie ó le asombre,
sino que haya de sufrir
los zelos é impertinencias
de una muger? *Laz.* Mil paciencias
se pueden á Dios pedir,
para cosas semejantes.

Jos. La pretina.

Laz. Mas, señor, *Dásela.*
dime por tu vida, hay flor
como estarse dos amantes
diciéndose á media noche
una y otra quemazon,
y hacer luego la razon,
aunque sea á troche y moche?

Jos. La balona. Mi mal crece:
que hay ley que obligue á un honrado
á aborrecer lo que ha amado,
y á querer lo que aborrece?
dura prision! fuertes grillos!

Sale Salomé vestida.

Sal. Quien que ases del cabello
esta ocasion. *Laz.* Aquí es ello: *ap.*
ya escampa y llovian ladrillos.

Ciñéndose la espada, y paseándose sin mirar á Salomé

Jos. La espada. Muger terrible! *ap.*

Sal. Solo por una razon,
tanto enojo y desazon?
Que estés tan ciego es posible,
que á mis ruegos mármol frio,
áspid sordo á mis favores,
todo para mí rigores,
todo para mí desvío,
y no tengo de llorarlo?
y que reñirlo no tengo?

Jos. Con no mirarla me vengo. *ap.*

Laz. Ello mejor es dexarlo

miéntras pasa la mohina.
Sal. Bien haces de no mirarme.
Jos. Ponme esa capa, y ve á darme
un caballo. *Pónesela y el sombrero.*
Sal. Mal se atina
quando un hombre anda de mal,
quizá por nuevo querer,
á mirarse en su muger,
si hay por allá otro cristal.
Jos. Salomé, viven los Cielos,
que no te ofendo ni agravio;
cierra á las quejas el labio,
pon freno á tus locos zelos.
A recibir á tu hermano
salgo, témplate te ruego.
Sal. Cómo podré en tanto fuego?
Laz. Ea, yo tomo la mano
para estas paces. Señor,
llégate á ella, por tu vida,
que está de zelos perdida,
y es muger y tiene amor.
Jos. Ve á lo que te mando y calla,
no irrites mas mi paciencia.

Llega Lázaro á Joseph, que estará en la una punta del tablado, y en la otra Salomé.

Laz. Cargo es, por Dios, de conciencia
si no llegas á abrazalla.
Jos. Yo abrazar? *Sal.* Pues yo abrazar?
Laz. Señora, acércate un poco.
Sal. Ola, Lázaro, estás loco?
Jos. Loco, quiéresla dexar?
Laz. Muy bien dices, muy bien haces,
porque es locura á mi ver
entre marido y muger
entrar nadie á poner paces.
Mas destiérrense ya enojos,
cese ya tanta crudeza;
mira aquella gentileza; *A Salomé.*
mírate en aquellos ojos. *A Joseph.*
Jos. Porque me parto, señora,
os doy los brazos. *Laz.* Pegó *ap.*
lindamente el cebo. *Sal.* Y yo
un alma os doy que os adora. *Abrázan.*
Laz. Ea, yo voy á ensillar:
Dios os haga bien casados,
porque andar siempre en enfados
son cosas para rabiar. *Vanse.*

Tocan un clarin y caxas, y sale el Rey Heródes con baston de General.

Rey. Cesen clarines y caxas,
que quando encuentro desayres,
no es bien que el clarin me nombre,
ni que me pregone el parche.
Quando arrastrando victorias,
tremolando tafetanes,
ya Rey de Jerusalen
me aclama el mundo triunfante,
el Castillo de Masada,
custodia, en cuyos celajes,
me guarda la mejor perla
que vió el nacar en cristales,
tan envuelto está en silencios,
tan sordo, tan mudo yace,
que no hacen la menor salva
de sus altos homenajes.
Qué habrá sucedido, Cielos,
para que tan mal me traten
en honras siempre debidas
á las altas Magestades?
Si se habrá muerto Mariana?
ó pensamiento cobarde,
calla, y no des á la lengua
el pesar que imaginaste!
Si fuera muerta mi esposa,
quando una alma en dos mitades
igualmente nos anima
toda junta en cada parte,
no era forzoso, que yo
en parasismos leales,
despulsados los alientos,
y roto el vital estambre,
hubiera tambien pasado
los destrozos de cadáver?
Claro está; pues si me miro
sano, animoso, arrogante,
no es claro que este valor
lo anima todo aquel Angel?
Pues siendo Mariana viva,
dulce Angel de voluntades,
bello hechizo de las flores,
blanco armiño de los alpes,
qué fracaso, qué desdicha,
qué infortunio y qué desastre
puede haber acontecido
para descuidos tan grandes?

Mi-

Mirando á lo alto del vestuario.
Ha del Castillo, Soldados,
vuestro Rey llama, escuchadme,
Heródes soy, atendedme,
si es viva mi esposa, nadie
se embarace en pena alguna,
aunque entre la sed y hambre
del cerco hayan perecido
toda mi casa y mi sangre,
aunque me hayan sido aleves
los mas finos Capitanes,
aunque hayan en mis tesoros
hecho estragos formidables,
aunque me hayan hecho insultos,
aunque hayan muerto á mi padre,
porque viviendo Mariana,
tengo un Cielo, y es bastante.
Mas ya en un potro, que al viento
le ha robado todo el ayre,
sin que le presten las alas
rigores del acicate,
se acerca un jóven gallardo,
que con el tropel que trae,
entre la espuma y el polvo,
que el fogoso bruto esparce,
parece rayo de Júpiter,
ó algun aborto de Marte.
Ya bizarro de la silla
con ligereza se abate,
y á mí se viene, y conozco
que es Joseph: salgo á abrazarle.
Sale Joseph, y tropieza al salir.
Jos. A tus pies::- Válgame el Cielo!
Rey. Cómo es esto, tropezaste?
Jos No es mucho que me deslumbre,
llegando á tus pies Reales.
Rey. Aquí están, Joseph, mis brazos;
mas ántes que en cosas hables,
dime cómo está mi esposa?
Jos. Buena, bizarra y galante,
aunque llorando y sintiendo
de tu ausencia los achaques,
ella sale á recibirte.
Rey. No quiero mas dicha: dame
otras mil veces los brazos,
y en pago de nuevas tales
serás Virey de mi Imperio,
y un mundo quisiera darte.
Jos. Soy tu esclavo. *Rey.* Eres mi amigo:
y mi hermana? *Jos.* Tambien sale
á recibirte: está buena.
Rey. Huélgome: Dios te la guarde.
Jos. Para causa de mi muerte. *ap.*
Tocan caxas y clarines, y salen Soldados de acompañamiento, Salomé, Isabel y Lázaro, y detras Mariana, á quien el Rey la recibe alborozado.
Rey. Abatan los estandartes
á las plantas de mi esposa.
Mar. Ya será lisonja en valde,
quando yo estoy á las tuyas.
Rey Aun mi pecho es poco atlante
para un Cielo, en quien adoro
un Sol, un alma y un Angel.
Cómo estás? *Mar.* Buena me siento:
traes salud? *Rey.* Para adorarte:
y tú, Salomé, no llegas?
Sal. Muy tu hermana como sabes.
Mar. Que aborrezca yo á este hombre,
quando mas finezas me hace: *ap.*
no sé qué estrella es la mia!
Rey. Que de tal suerte me arrastre *ap.*
de esta muger el hechizo,
que aunque vea sus desayres
mas me encanta y enamora!
Jos. Qué inquieto el corazon late, *ap.*
qué sin sosiego anda el pulso,
qué sin brio está la sangre
despues que he mirado al Rey
con la misma forma y trage,
que á noche la fantasía
me le presentó espantable!
Rey. Mariana? *Mar.* Qué me quieres?
Rey. Que con mas gusto me hables.
Mar. No sabes que este es mi dexo?
Laz. Y es un dexo de vinagre.
Mar. Cuéntanos de tu jornada.
Rey. Pues tú gustas, escuchadme.
Despues que me salí huyendo
por los montes, de peligros
que ocasionáron las armas
de los rebeldes bullicios,
dexándoos bien pertrechados
en este excelso Castillo,
roca opuesta á los vayvenes,
fuer-

fuerte defensa á los tiros;
me fuí para el Rey de Arabia
implorando sus auxîlios,
y como bárbaro en fin
rompió las leyes de amigo:
que está el mundo tan ingrato,
que en viendo á un hombre caido,
le faltan todos negando
hasta á los padres los hijos.
Viendo pues que en toda la Asia
no me quedaba camino
para llevar adelante
el rumbo de mis designios,
determiné de valerme,
fiado de mis servicios,
de las Aguilas Romanas,
á cuyo poder invicto,
son feudatarios los Orbes
desde el Austro al Polo frio.
Mas sabiendo que Cleopatra,
Reyna excelente de Egipto,
es del grande Marco Antonio
todo el mando y el hechizo,
quise llevar sus favores,
y hallé en ella tanto asilo,
tantas honras y finezas,
tanto agasajo y cariño,
que á no tirarme del alma
la que idolatro cautivo,
en su Reyno me quedara
á pagar sus beneficios.
Con cartas suyas fuí á Roma,
y anduvo Antonio tan fino,
que hablando en mi causa al César,
y los dos bien entendidos
de Antígono y sus maldades,
me fuéron los dos padrinos,
para que todo el Senado
me diese todo su auxîlio.
No pienso ha llegado hombre
á la dicha en que me he visto;
pues habiendo entrado en Roma
pobre, extraño y fugitivo,
salí en siete dias solos
Rey electo, honrado y rico,
y en medio de los dos hombres
mayores que tuvo el siglo.
Cargado pues de estas honras,
en un embreado pino,
cometa errante del mar,
potro alado de sus vidrios,
me hice á la vela, y llevando
los vientos siempre propicios,
en ménos de treinta dias,
que por mares y caminos
gasté sin darle al cansancio
la menor hora de alivio,
llegué á Siria, allí mostré
mis despachos á Ventidio,
para que con sus legiones
Romanas fueran conmigo
á meterme en posesion
del Reyno, y aunque al principio,
de Antígono sobornado,
anduvo muy floxo y tibio;
(que el oro y dádivas siempre
ablandan pechos de risco)
en fin, de Antonio avisado
que cumpliese bien su oficio,
juntándome once legiones,
con otros treinta mil Sirios,
y mas de seis mil caballos,
puse á Jerusalen sitio.
Cinco meses duró el cerco,
en el qual tiempo tuvimos
hartos encuentros, y en uno
me vide en harto peligro.
Fué el caso, que habiendo un dia
hostigado al enemigo
junto á una pobre aldeguela,
y dexando en sus egidos,
promontorios de hombres muertos
en su misma sangre tintos,
como escapé de la lid,
tan fatigado y rendido,
busqué en una casa albergue,
y en un lecho sin aliño,
desnudándome las armas,
y quitando los vestidos,
me eché á reposar un rato;
quando agavilladas miro,
que de otro aposento oculto
(donde al parecer huidos
estaban) salen tres hombres,
cada qual su acero limpio
en la mano, y sin osar
em-

embarazarse conmigo
(aunque pudieran matarme)
se huyéron despavoridos.
Dexé el descanso, que en caso,
que hay avisos con prodigios,
no es valor, sino locura
menospreciar los avisos.
Apreté entónces el cerco,
y entrando por un portillo,
que á fuerza de los trabucos
desmoronáron los tiros,
cien hombres los mas osados,
y siguiendo su designio
otros no ménos valientes,
se abriéron tanto camino,
que dentro de pocas horas
los homenages altivos
de la gran Jerusalen
y sus ricos edificios,
se pobláron de Romanos
hechos tumbas de Judíos.
Fué el estrago tan sangriento,
tantos los muertos y heridos,
que hechas las calles arroyos
de sangre, formaban rios.
Creciera mas la matanza,
si yo al verlos ya sin brios,
pidiendo misericordia
entre voces y alaridos,
no mandara que cesasen
muertes, robos, maleficios,
y en especial desacato
contra el Templo y sus Ministros;
que aunque sea en cruda guerra,
es bárbaro desatino,
digno de un castigo eterno,
profanar lugares pios,
y en los que piden clemencia
executar homicidios.
Cesó el cerco y la crueldad,
aunque el Romano caudillo,
que pensaba con los robos
tornar sus soldados ricos,
lo sintió mucho; mas yo
le agasajé comedido,
resarciéndole con dones
los que evité desperdicios.
Con esta accion entre el pueblo
gané aplausos infinitos,
arrojándose á mis pies
los mas rebeldes rendidos.
Perdon general dí á todos,
salvo al perverso y maldito
de Antígono, como á causa
de los daños sucedidos.
Preso le remití á Roma,
y allá Marco Antonio hizo
que pagara con la vida
sus traiciones y delitos.
Sosegué en fin la Ciudad,
mostréme á todos propicio,
tomé posesion del Reyno,
entré en el Alcázar rico,
pagué y despedí al Romano,
agasajé á los vecinos,
hice mercedes, dí indultos,
honras, gracias, beneficios.
Y aunque soy Ascalonita,
porque viesen los Judíos,
que mas que sus propios Reyes
les he de observar sus ritos,
creé Pontífice Sumo:
y el Templo, pasmo del siglo,
que edificó Salomon,
y que le asoló el Asirio,
trato de reedificarle
con los aparatos mismos
de magestad y grandeza
con que floreció al principio.
Tu padre Hircano y mi suegro,
que arrastrado y fugitivo
moraba allá en Babilonia,
ya le tengo conducido
á Jerusalen, y allí
con Alexandra y contigo,
esposa é hija, ambas Reynas,
remozará sus prolixos
años, y reynaréis todos
en mi gusto y alvedrío.
Vamos, Mariana, á la Corte,
porque en solio cristalino,
coronándote las sienes
del sacro laurel que ciño,
goces descansos, yo glorias,
tú favores y servicios,
yo consuelos y alegrías,

tú regalos y yo alivios.
Mar. Dilate el Cielo tu imperio
hasta los remotos Indios,
y haz de mí quanto mandares:
poco mis penas reprimo, *ap.*
pues con nada tengo gusto.
Rey. Subamos pues al Castillo,
miéntras descansan mis gentes.
Jos. Holgaránse los vecinos,
gran señor, con tu presencia.
Laz. Si es que merece un mendigo
gozar algunas migajas,
relieves ó desperdicios
de tu esplendidez, permite
ponga en tus pies mis hocicos.
Rey. Quién eres? *Laz.* El protector
de todos los Lazarillos.
Rey. Qué gente es esa? *Laz.* Una gente,
que con un dictámen pio
sirven de guiar los ciegos,
aunque quitan de camino
la vista á muchos. *Rey.* Pues cómo?
Laz. Engañando á motolitos,
quitándoles la pecunia.
Jos. Dirá, señor, desatinos,
si le escuchas. *Rey.* Y es tu nombre?
Laz. Lázaro. *Rey.* Te irás conmigo?
Laz. No iré. *Rey.* Por qué?
Laz. Porque yo
soy esclavo de quien sirvo,
y un esclavo sino tiene
mucho de ungüento amarillo
con que poder rescatarse,
siempre se queda cautivo.
Rey. Daránte quatro talentos.
Laz. En tocando iré contigo.
Rey. Vamos, esposa, que es tarde.
Mar. Vavos, señor.
Vanse y quédase Joseph.
Jos. Sin juicio
estoy de considerar
quanto toco y quanto miro.
Anoche soñé, que el Rey
procuraba embravecido
sacar á su esposa el alma
por mil roxos orificios.
Ahora le veo tan hecho
al agasajo y cariño,
que aunque ella está desdeñosa
la idolatra los desvios.
Luego me engañó la idea?
claro está: pero qué hechizo
tiene esta muger de mí,
si al paso que me lastimo
de sus penas y desgracias,
me embarazo al paso mismo
de ver que la hacen finezas?
válgate Dios por prodigio! *Sale el Rey.*
Rey. Joseph? *Jos.* Señor.
Rey. Escucha:
ya sabes que eres mi amigo.
Jos. Mi Rey eres. *Rey.* Dexa ahora
ceremonias y artificios,
quando te abro de mi pecho
el mas secreto escrutinio.
Jos. Pues qué mandas? *Rey.* Ya sabrás,
que aunque por advenedizos
nos trata el Hebreo, somos
del linage claro y limpio
de Antipatre, Griego Alcides,
Campeon de Alexandro invicto.
Hablan aparte, y Mariana sale al paño.
Mar. O, si desde aquí pudiesen
percibir bien los oidos
algo de lo que me afligen
mis sospechas y juicios!
Lázaro al paño por la otra puerta.
Laz. Desde estos troncos acecho,
no sea que el secretillo
le arme á mi amo algun lazo,
que este Heródes es maldito.
Jos. Supuestas obligaciones,
dime ya en lo que te sirvo.
Rey. Mira, Joseph, yo me hallo
tan zeloso, tan perdido,
que me están royendo el alma
ponzoñosos basiliscos.
Jos. Válgame el Cielo, qué es esto!
Mar. Ay de mí! zeloso dixo. *ap.*
Rey. Yo idolatro en Mariana
tanto, que ó son bebedizos,
que me ha dado el mismo amor,
ó son de encanto prodigios.
Laz. Mosca tiene el buen Heródes
segun andan los respingos.
Rey. Mas á saber, vive Dios,

que

que los rayos del Sol limpios
la miraban en mi ofensa,
á rayos de incendios mios
le destrozara sus rayos,
ó le abrasara sus giros.
Laz. Por Dios, que hay escamonea;
no doy por mi vida un pito.
Jos. Todo estoy hecho de mármol! *ap.*
Mar. Toda soy un mármol frio!
Jos. Pues quién, gran señor, á ti::-
Rey. Tú, Joseph. *Jos.* Yo soy perdido! *ap.*
Mar. Muerta soy! *Jos.* Yo á ti, señor?
Rey. Oye. *Laz.* Desde aquí las lio.
Rey. Tú sabes, digo, si acaso
á mi esposa le han escrito::-
Jos. Alentad ya, corazon. *ap.*
Mar. Cobrémos, alma, algun brio.
Rey. Las pesadumbres y riñas,
que con su madre he tenido,
sobre achacarme las muertes
de Aristóbolo su hijo::-
Mar. Ay hermano de mi alma!
Rey. Y de Antígono el impio,
con otros de su linage,
objetándome el arbitrio,
para conservarme Rey,
dar fin al esclarecido
linage de Macabeos,
cuyo derecho les quito?
Sabráse esto por acá?
Jos. Aunque se ignora, imagino *ap.*
es bien decir, que se sabe,
con que atajaré el delirio
del Rey zeloso, que piensa
que proceden los desvíos
de su esposa de otra causa.
Mar. O, si sabrá deslucirlo!
Rey. Qué imaginas? *Jos.* Gran señor,
discurriendo estoy conmigo,
y me acuerdo que tu esposa
tuvo un dia cierto aviso,
que hasta ahora le ha encubierto,
y hecha toda á los suspiros,
dada á las lágrimas toda,
desde entónces no la he visto
su rostro alegre: esto pasa.
Mar. O, qué bien lo ha divertido!
y mas yendo yo ya en ello
á llorarlo y á sentirlo. *Vase.*
Rey. Su madre la escribiria;
y si es eso, llore siglos,
que yo que retratos suyos
en poder ageno he visto,
pensaba viven los Cielos,
viendo su poco cariño,
que estaba á otro lado el gusto,
(qué mal hago aun en decirlo!)
y si así fuera, pasmara
al mundo con su castigo.
En el honor ni en el cetro,
nadie, nadie me haga tiros,
que no están de mí seguros,
deudos, padres, muger ni hijos. *Vase.*
Jos. Muchos avisos son estos:
pensamiento, id advertido,
que si encontrais con un Rey,
será echaros á peligros. *Vase.*
Sale Laz. Y yo de parte de Dios
requiero con este aviso,
que se guarden de este Heródes
hombres, mugeres y niños,
porque yo le veo con ojos,
que ya que no haga tocinos,
ha de atocinar á tantos,
que aun el mismo Jesu Christo
no se ha de asegurar de él,
si no se va huyendo á Egipto.

JORNADA SEGUNDA.

Salen por un lado el Rey en jubon, y con la espada desnuda, y una luz y una carta en la otra; y por la otra puerta saldrá Joseph de la misma forma con espada y luz.

Rey. Has requerido esas puertas?
Jos. Sí, señor, todo está solo,
todos los quartos vacíos,
y hechos al silencio todos.
Pero qué causa, qué causa
inquieta á tu pecho heroyco,
para negándote al sueño,
y faltándote al reposo,
salir á la media noche

de tu cama y con ahogos,
con suspiros y con ansias,
dar vueltas de un quarto en otro,
ir á llamarme confuso,
recibirme algo lloroso,
mandarme mire el Palacio,
sin hallar en quanto toco,
sino es despechos que miro,
y confusiones que ignoro?
Qué es esto, señor, qué es esto?

Rey. Ay, Josepho, que estoy loco!
tan sin saber lo que busco,
que apénas sé de mí propio;
que quando acometen juntos
los males y los asombros,
anda el alma en alta mar,
y aunque el juicio es el piloto,
se embaraza en la tormenta,
y se va á pique en el golfo.
Traxe á mi esposa á la Corte,
como sabes, y muy otro
hallé á todo mi Palacio,
envuelto en mil alborotos,
causados por Alexandra,
sobre el caso lastimoso
de que ya te dí noticia
de haberse ahogado Aristóbolo
su hijo y cuñado mio:
y como hice tan notorio
al mundo mi sentimiento,
porque muchos maliciosos
me acumulaban su muerte;
yo pensaba que esto solo
se quedaba, como dicen,
aquí para entre nosotros.
Pero esta tarde al soltar
las riendas de luz Apolo,
despeñando sus caballos,
en el Océano undoso,
siento que apriesa me llaman;
salgo fuera, hallo á un propio
con un despacho sellado
del Príncipe Marco Antonio,
en que me manda que al punto,
depuestos todos estorbos,
parta para Laodicea
donde se halla, y muy quejoso
de las muertes y crueldades,
que me acusa el Reyno todo,
en que es forzoso el remedio,
si no hay pruebas en mi abono.
Piensa tú quál me hallaria
leyendo tan riguroso
decreto, en que el ménos mal
para un Rey es el oprobio.
Pero como en estos lances
es el callar mucho ahorro,
disimulando la pena,
y dando vado al enojo,
doblo el pliego, callo el caso,
y con cautela dispongo,
y hecho voz voy á otras cosas;
abro pues mis escritorios,
tomo joyas y dineros,
que en los pleytos y negocios
es el dar la mejor prueba,
y el mejor padrino el oro.
Dispuesto así mi viage,
á mi quarto me recojo,
hallo llorosa á Mariana,
y pensando (aquí me corro)
que eran lágrimas por mí
las que bañaban su rostro,
me eché hidrópico á beber
á las fuentes de sus ojos.
Consuélola como amante,
halágola cariñoso,
hasta que el sueño hizo treguas
entre amores y coloquios.
Quedó dormida; mas yo,
que entre mis ansias zozobro,
á hacer discursos me arrimo,
y á desvelos me acomodo;
que poco importa la pluma,
y el descanso importa poco,
si hay cuidados que atormentan
hechos verdugos y potros.
Desvelado pues estaba,
quando con un rumor sordo
siento que andan en la puerta,
y de á poco rato oigo,
que con secretos acentos
y mal pronunciado tono,
me llaman: Ha Rey? ha Rey?
y apénas, quién es? respondo,
sobresaltado en el lecho;
quan-

quando dexándome solo
en la mano este papel,
huyó apriesa, sin ver como
quien me llamaba confuso,
y me avisaba piadoso.
Levántome de la cama,
asustado me recobro:
no digo nada á mi esposa,
á tiento la espada tomo,
requiero á obscuras la quadra,
abierta la puerta topo,
salgo y tuerzo la llave,
busco una luz y descojo
el papel, y hallo mi muerte
(luego verás lo que lloro,
que si ahora me detengo
podrá acabarme el ahogo.)
Consulto todo el valor,
mil discursos hago y formo
(si es que está para discursos
quien está de penas loco.)
En fin, como Rey resuelto,
y atado como zeloso,
voy á llamarte á tu quarto,
y hago mirémos curiosos
pieza por pieza la casa,
hasta hallarnos aquí solos
en este retrete. Ahora
cierra esa puerta, y lo propio
haré en esta.

Hace cada uno que echa la llave.

Jos. Vive el Cielo, *ap.*
que estoy pasmado y absorto!
Rey. Pon ahora aquí esa luz,
y oye atento. *Jos.* Ya te oigo.

Ponen las buxías sobre un bufete, y lee el Rey la carta.

Lee el Rey. Alexandra, vuestras quejas hemos visto, y las juzgamos justas. A Heródes hago llamar á Laodicea, donde asisto con mi campo. No sé como librará, que aunque es mi amigo, es ántes la justicia; y así por esto, como por vuestra hija Mariana, á quien deseo ver en extremo, por la admiracion que causa su retrato, procuraré daros gusto.

Marco Antonio.

Rey. Qué sientes, Joseph, de esto?
Jos. Que es justísimo tu enojo,
y que Alexandra te vende.
Rey. Y no mas? *Jos.* Pues esto es poco?
Rey. Ay Josepho! mal discurres
en mis agravios notorios,
que unos tiran á la vida,
y al honor ofenden otros;
y quando en las dos ofensas
se halla un pecho generoso,
la vida se dexa á un lado,
y cárgase al honor todo.
Y así, aunque siento el agravio
que contra mi suegra formo
(pues ya conozco que es ella
la que ha escrito á Marco Antonio)
aunque siento que procura
quitarme por todos modos
la fama, el Reyno y la vida,
aunque siento mi desdoro
(que lo es grande para un Rey
ir acusado á otro solio)
aunque siento todo esto,
todo es sentimiento poco,
quando á heridas de la honra
rabio abrasado y zeloso.
Jos. Cómo, ó de quién tienes zelos?
Rey. Aguarda y sabrás el cómo:
no vés que dice esta carta,
que está Antonio deseoso
de ver á mi esposa? *Jos.* Sí.
Rey. No sé cómo me reporto,
y que por este respeto
se holgará que tenga logro
lo que Alexandra me acusa?
Jos. Ya lo advierto y ya lo noto.
Rey. Luego es buena conseqüencia,
que enamorado, no solo
querrá quitarme la vida,
sino deshonrarme y todo.
Jos. No se sigue bien, señor,
te suplico, si no hay otro
fundamento. *Rey.* Hayle tan grande,
que eso es quien me tiene loco.
Estando en Alexandría,
donde Cleopatra y Antonio
hacen Corte los inviernos,
dados al regalo y ocio;

andando un dia mirando
por un salon espacioso
varios quadros y pinturas,
que arrebataban los ojos,
entró Marco Antonio acaso,
y hablándome cariñoso,
me dixo: Heródes amigo,
aunque los retratos todos,
que aquí de mugeres miras,
son de la hermosura asombros,
atiende y repara en este,
que con afecto curioso
Cleopatra le estima en mucho,
y yo en secreto le adoro.
Dícenme, que es una Hebrea,
que se ha alzado con lo hermoso,
tanto, que para Deidad
la han de sobrar muchos votos.
Amola, y no sé quién es,
búscola, su patria ignoro,
temo zelosa á Cleopatra,
callo lo propio que lloro.
Y pues tú en Jerusalen,
aunque es de hermosuras golfo,
sabrás, claro está, quien sea
la que es ídolo de todos,
dime, dime si conoces
esta beldad que te informo,
porque yo me parta á verla,
á costa de mis tesoros.
Esto me estaba diciendo,
miéntras yo pasmado, absorto,
confuso, muerto, sin alma,
estaba vadeando ahogos,
viendo era mi Mariana
tan bien retratada al olio,
que la imaginé allí viva
con dexarla entre vosotros.
Como responder no pude,
Antonio me miró al rostro,
y viéndome demudado,
y con muestras de zeloso,
qué sientes? me dixo; y yo,
que esta es mi esposa respondo,
y sin decir mas palabra,
llorando á sus pies me arrojo,
levántame con sus brazos,
y dice con alborozo:
amigo, si es prenda tuya,
aquí acabó mi amor todo.
Esto me pasó en Egipto
quando fuí á buscar socorros;
ajusta ahora y coteja
los unos cabos con otros,
y verás si es evidente
quanto temo, siento y lloro.
Jos. Válgate Dios por Mariana, *ap.*
y qué imperio misterioso
tienes en mí, pues que siento
estos zelos como propios!
Rey. Qué dices, Joseph?
Jos. Que estoy
discurriendo en tus negocios.
Rey. Discurramos. *Jos.* Discurramos.
Rey. Paseémonos un poco,
y va de discurso. *Paséanse.*
Jos. Temo *ap.*
pierda el juicio. *Rey.* Si es notorio,
que Antonio amaba á Mariana,
y ahora escribe aquí Antonio,
desea verla; no está claro,
que podrá en son del negocio
quitarme en Siria la vida,
y alzarse con la que adoro?
Jos. Bien podrá ser.
Empuña contra Joseph, y él se resiste.
Rey. Cómo es esto?
vive Dios, de un alevoso::-
Jos. Señor, reporta, qué haces?
Rey. Con mi esposa vos ni otro?
Jos. Yo, señor, qué es lo que dices?
Rey. Vos á mí?
Jos. Prodigios toco: *ap.*
mira que hablas con Joseph.
Párase el Rey admirado.
Rey. Ea, pensé que era Antonio:
arrebatóme la furia:
no es mucho, que estoy zeloso,
y zelos si hacen infiernos,
no es milagro que hagan locos.
Pero volvamos al caso.
Jos. Caso es harto lastimoso.
Rey. Hoy pues ántes que le enxugue
al Alba el Sol los sollozos,
parto, Joseph, á morir;
porque ir al pleyto es lo propio,
con

con las sospechas que parto,
y con los riesgos que topo.
A Mariana te encomiendo,
mi Reyno en tus manos pongo;
pero has de jurarme aquí
por el Dios en quien adoro,
que si yo muero, ó me matan
(con harto dolor lo nombro!)
me has de matar á Mariana,
porque es la luz de mis ojos,
y aun despues de muerto yo,
no me la han de gozar otros.
Júraslo así? *Jos.* Así lo juro:
hay caso mas portentoso! *ap.*
Rey. Pues con eso iré contento;
pero mira (aquí me ahogo)
que conserves á mis hijos,
pedazos del alma hermosos,
el Reyno. *Jos.* Seré leal.
Rey. Cuidarás por todos modos
de mi Mariana. *Jos.* Servirla
tendré por mi mayor logro,
pues merece su hermosura,
que á sus plantas::-
Vuelve á enfurecerse, y Joseph reparándose.
Rey. Cómo? cómo?
finezas? *Jos.* Señor, reporta.
Rey. Vive Dios, que de los hombros
te he de quitar la cabeza.
Jos. Mira, señor::- *Rey.* No me ahorro
con nadie en tocando á honor.
Jos. Tente, ó perderé el decoro:
yo soy Joseph.
Rey. Tú eres? *Suspéndese.*
baste, pensé que era Antonio.
Jos. Señor, cuida de tu vida.
Rey. Son los zelos muy furiosos:
vámonos á reçoger,
y en el tratado negocio,
Josepho, lo dicho dicho.
Jos. Serás muy servido en todo:
de confusiones voy muerto.
Rey Y yo voy de zelos loco.
Toman luces, y vanse, y salen Lázaro é Isabel.
Laz. Si es que podemos ya un rato
murmurar, Isabel mia,
miéntras tu ama y mi ama
se dan dos cardas de riñas,
va de cuento. Dime tú,
pues ya sé lo bien que atisbas,
lo que pasó en tu quartel
anoche á la despedida.
Habria por plato de ante
requiebros de mantequillas,
y serian las aceytunas
quatro zumbidos de abispas,
porque Heródes y Mariana
son del amor una cisma,
él muy diablo, ella muy Angel,
él zeloso y ella esquiva:
y no dudo que haya habido
una brava tropelía
de zelos y remoquetes,
con mil pesias y por vidas.
Ea, murmura tambien.
Isab. Qué quieres, Lázaro, diga?
Laz. Serás la primer criada,
que no sabe la cartilla.
Isab. Mi señora esta mañana
al pedirme las basquiñas,
la hallé tan hecha á las penas,
y tan deshecha en las iras,
que con ser atrevimiento,
me determiné á decirla
me dixese sus cuidados;
y ella en llanto convertida
como el Alba::-
Laz. Aguárdate,
que aquesa pintura es mia.
Viste al Alba entre las coles,
que madrugándose aprisa,
porque no la aceche el Sol
se anda por las hortalizas;
y el Sol quizas enojado,
por medio la noche fria
se levanta, y pide á voces
salga á darle la camisa:
y ella de ver que la ha visto
desnuda llanto destila,
porque él tenga que enxugarle
llanto y perlas todo el dia?
pues así Mariana: ea,
toma la hebra y aplica.
Isab. Lindo humor gastas. *Laz.* Pues di,
no

no es podrirnos bobería?
Isab. Mi señora pues, bañadas
en lágrimas sus mexillas,
me contó, que anoche el Rey,
dexándosela dormida,
tomó la posta y partió,
dicen la vuelta de Siria.
Y ella engañada, pensando
que allí á su lado dormia,
al tentar la cabecera
halló un papel, cuya tinta
era veneno en palabras,
que mal formadas decian:
Mariana, aunque yo me ausento,
mirad que estoy á la vista,
y aunque vuestra madre y vos
me vendeis, vendré con vida.
Mira tú, qué sufrimiento
bastará á estas demasías?
Laz. Dices bien, y yo imagino,
que quien esta llama atiza
es mi ama Salomé,
que zelosa de sí misma,
como su hermano, anda hecha
despertador de las riñas.
Isab. Es una falsa, si piensa,
si sospecha, si imagina,
que entre Mariana y Joseph
hay mas que una aficion limpia.
Laz. Isabel, ello está el mundo
de tal suerte y de tal guisa,
que aunque personas de bien
se hagan honradas visitas,
aquellos que mas mal viven
no les dexarán que vivan;
pero doblemos la hoja,
que salen ya. *Isab.* Allí te arrima.
Salen Mariana con un papel en la mano algo llorosa, y Joseph.
Jos. Si le dais rienda al dolor,
será quitaros, señora,
la vida, que sé que adora
vuestro esposo y mi señor.
Mar. No sé yo, que tenga amor
quien se va sin despedir,
ni sé que puedas decir,
al dexarme este papel,
amenazándome en él,
como has visto; y al mandar
á mi madre desterrar
de mis ojos (ah cruel!)
Si Heródes como tirano,
dicen que á mi hermano ahogó,
qué maravilla es que yo
sienta el matarme á un hermano?
Y si á él, dices que es llano,
que le ha causado mi madre,
aunque el modo no me quadre,
no lo extraño, pues colijo,
que hay casos que por un hijo
hará una traicion un padre.
Pero dime, Joseph, di.
Vén á los criados, y los despiden.
Jos. O quién hablarte pudiera!
Mar. Isabel, salte allá fuera.
Jos. Lázaro, vete de aquí.
Laz. Fiar os podeis de mí,
por mas que haya que fiar.
Jos Borracho, quieres callar?
Laz. Quedo, que aun no lo he probado;
pero yo me voy. *Jos.* Qué enfado!
Laz. Quédense á desenfadar.
Vanse los Criados.
Mar. Dime, Joseph, por tu vida,
lo que me fuiste á decir,
que no me espanta el morir,
segun me cansa la vida.
La color tienes perdida;
dime, dime, hay mas rigor?
Jos. Antes es tanto el amor
que te tiene el Rey::- Aquí
se ahoga la voz. *Mar.* Ay de mí! *ap.*
Jos. O qué pena! ó qué dolor!
digo, que el Rey te ama tanto
(ya, señora, te lo cuento)
que baxo del juramento,
que ya en parte lo quebranto,
me ordenó entre pena y llanto
(tanto en los zelos se apura)
que porque de tu hermosura
nadie goce, si él faltase,
por mi mano te quitase
la vida (cruel locura!)
estoy tan arrepentido
de ver que se lo ofrecí,
que todo hoy no estoy en mí,
ni

ni sé en lo que me he metido.
Mar. Aviso fué prevenido
aquel sueño que tuviste,
pues con tus armas dixiste,
que la vida me quitaba
el hombre que mas me amaba.
Jos. Eso es quien me tiene triste.
Mar. Pues mira (perdida estoy!) *ap.*
dexa esa pena y despecho,
que tengo muy ancho el pecho,
yo soy Reyna, y soy quien soy.
Jos. Tú verás que desde hoy
te sirvo y te estimo en mas.
Mar. Y al cabo me matarás.
Jos No haré. *Mar.* Pues y el juramento?
Jos. No me obliga.
Mar. Y qué es tu intento?
Jos. Querer bien. *Mar.* Oye y sabrás.
Yo, Josepho, quise á un hombre,
con tal secreto y recato,
que él lo ignora, aunque le trato,
y no entiende aunque le nombre:
Y para que mas te asombre,
de este recato el valor,
estimo en tanto mi honor,
que ántes perdiera la vida,
que me mostrara rendida
al hombre á quien tuve amor.
Una cosa es ser oasada,
y estar libre es otra cosa,
que esta puede andar ayrosa,
y aquella ha de ser honrada:
Vivir podré disgustada
en esta amorosa calma,
mas me he de llevar la palma
contra el propio que he querido;
porque quien tiene marido,
no ha de enagenar el alma.
Jos. Si es esto, señora, hablar
conmigo, podré decir,
que basta á una alma morir,
sin darla con que penar:
Querer bien sin agraviar
se puede donde hay valor,
que aunque es vidrioso el honor,
y de un amor forme agravios,
miéntras no sale á los labios
nadie condena á un amor.
Calle pues el labio, y calle
el alma en rigor tan fuerte,
sin que riesgos de la muerte
tanto amor puedan quitalle:
Alivio en sus penas halle,
mal que no tiene ya cura;
y pues amó sin ventura
la hermosura que perdió,
pásese con lo que amó,
y no ame mas hermosura.
Mar. Si el Rey zeloso qual vés
se ausenta sin ver mi cara,
qué hiciera si se faltara
una muger á quien es?
Yo he de postrar á mis pies
todo pensamiento infame;
y por mas que nos disfame
tu esposa, segun he oido,
siempre soy de mi marido,
que le ame ó no le ame. *Vase.*
Jos. Siempre soy de mi marido,
que le ame ó no le ame?
Mucho me advierte la Reyna,
recogeos pues, pensamientos,
no perdais por atrevidos
lo que habeis ganado cuerdos.
Al entrarse Mariana, suena ruido en la otra puerta como que porfia Salomé á salir, y la detiene Lázaro.
Sal. He de entrar aunque le pese.
Laz. Detente, que soy portero,
y me cargarán la pena.
Sal. Apártate, ó vive el Cielo ::-
Laz. Al amago de esa maño,
por cuyos cristales dedos
llueven rayos de jazmines,
y granizan caramelos,
me humillo, me rindo y postro.
Jos. Salomé es esta: á buen tiempo! *ap.*
Sale Sal. Si acaso he estorbado yo
la visita, y no me vuelvo,
llamad, señor, á la Reyna,
y decidla, que no vengo
á desazonar sus gustos,
ni á estorbarla sus empleos,
que estará ahora penada
muy hecha á los desconsuelos,
muy de lágrimas sus ojos,

y habrá menester entiendo,
para no anegarse en llanto,
el alivio de los vuestros.
Decidla, que no se aflija,
que aunque anduvo el Rey grosero,
por el logro de su ausencia,
podrá perdonarle el yerro.
Mas para qué os doy lecciones,
quando vos sois tan atento,
que sabreis acariciarla,
con donayres, con aseos,
con halagos, con finezas,
y aun iba á decir requiebros,
si no temiera la lengua
herirla con los acentos!
Jos. Eso no es para escuchado.
Sal. Ni para sufrido aquello.
Jos. Son malicias quanto piensas.
Sal. Son verdades quantas veo.
Jos. Lázaro, vente conmigo.
Sal. Lázaro, estáte aquí quedo.
Laz. Voy, y no voy.
Hace que se va, y vuelve.
Jos. Qué te mando?
Laz. Digo, señor, que obedezco.
Sal. Qué te digo? *Laz.* Aquí me estoy.
Jos. Libre Dios de un majadero.
Laz. Pues, señor, aquí de Dios,
cómo, ó de qué suerte puedo
con dos dueños encontrados
servir á un tiempo á dos dueños?
Uno ven, otro no vayas,
uno grave, otro severo,
uno tigre, otro Olofernes,
uno loco, otro protervo,
uno amenazando furias,
y otro mirándome al sesgo,
y no soy aquí mas de uno.
Y así concertaos primero,
ó dexadme en hora mala,
ó llevadme á los infiernos.
Jos. Quédate pues á servirla. *Vase.*
Laz. Venció el femenino sexô:
ó mugeres, ó mugeres,
y qué poder es el vuestro,
pues quando mas ofendeis
nos llevais de los cabellos!
Sal. Para apurar ya mis dudas, *ap.*
y salir de mis rezelos,
he discurrido una traza;
que cava mucho el ingenio
quando en los lances de amor
le pican á un alma zelos.
Saca un papel del bolsillo.
Este papel, que entre otros
me escribió mi ingrato dueño,
quando mas que ahora amante
me hacia sus galanteos,
está equívoco de suerte,
sin nombre, fecha ni tiempo,
que hoy puede á qualquiera dama
aplicarse; y así intento,
ayudado de este mozo
en la traza y el secreto,
enviársele á Mariana,
como que le envia Josepho.
Si ella está de achaque libre,
es fuerza que con imperio
se armara toda de agravios
contra los viles desprecios;
que la que es muger honrada
siente tanto los festejos
atrevidos, que los purga
con mares de sentimientos.
Con que no me estará mal
(ó permítanlo los Cielos!)
que eche á Joseph de sus ojos,
y me le vuelva á mi gremio.
Si está tocada, es forzozo,
que no extrañará los versos;
tomarálos recatada,
y los guardará en silencio;
y entónces visto mi agravio,
y ya el juego descubierto::-
mas esto quédese aquí,
que yo sé lo que haré en esto.
Laz. Señores, diránme acaso *ap.*
lo que estará consintiendo
esta muger, toda furias,
y hecha toda vivoreznos?
Que como de zelos rabia,
y al criado muerde el perro,
qué sé yo si acaso piensa,
que soy el tercero de ello,
y endemoniada procura,
que aquí me tercien los huesos?

Sal.

Sal. Va de traza.
Laz. Ea, que embiste. *ap.*
Sal. Lázaro mio? *Laz* O qué bueno! *ap.*
mio? yo me endiacitrono,
y hecho alcorza tus pies beso;
mándame quanto quisieres.
Sal. Confiado de tu ingenio,
de tu lealtad, de tu fe,
quiero que para un empeño
me ayudes. *Laz.* Se ha de reñir?
Sal. No, Lázaro. *Laz.* Que á ser eso
lo hiciera de mala gana. *ap.*
Sal. Tú has de llevar con secreto
á la señora Mariana::-
Sale Mariana.
Mar. Quién me llama?
Laz. A lindo tiempo.
Sal. Allá te hablaré despues. *A Laz.*
Aquí, señora, no pienso
que hay quien te llame; mas ya,
ya lo entiendo, ya lo entiendo,
como aquí Joseph estaba
pensariais que era Josepho,
yo quiero con tu licencia
llamarle. *Hace que se va.*
Mar. Qué esto consiento?
Atrevida, desleal,
ingrata, viven los Cielos::-
Sal. Paso, paso, Mariana.
Laz. Si aquí no andan los cabellos
á falta de los chapines,
no doy por la riña un bledo.
Mar. Mariana soy con mas honra,
que vuestros padres y abuelos;
pues vos sois una Idumea
sangre intrusa en los Hebreos,
y yo soy de Regia estirpe,
sangre ilustre quanta tengo,
que aunque vuestro hermano es Rey,
quizá le diéron el Cetro,
no por derecho que él tiene,
sí solo por mi derecho.
Pero dexando esto aparte
(que me corro mucho de esto)
qué modo es, quando mi honor
es mas puro, limpio y terso,
que esa lámpara que alumbra
hermoso velon del Cielo,
qué modo es, digo, que vos
sin prudencia, sin respeto,
sin cordura, sin recato,
desvelada, sin sosiego,
me registreis las acciones,
me andeis los pasos midiendo,
salpicándome la fama
con vuestros infames zelos?
No basta que el Rey mi esposo
ande qual vos mal atento,
sino que vos aticeis
tanta brasa y tanto fuego?
No me bastan, no, mis penas
de ver á mis padres presos,
de haberme muerto á mi hermano,
y desterrado á mis deudos,
sino que añadais pesares,
furias, iras, desconsuelos,
lástimas, penas, desdichas,
rabias, ponzoñas, venenos?
Pues enmendaos, Salomé,
poned á locuras freno,
atajad las demasías,
suspended atrevimientos;
donde no, viven mis iras,
que á rayos de mis incendios,
sepa castigar maldades,
y sepa vengar desprecios.
Sal. Ha dicho vuesa merced,
digo Magestad? *Hace que se va.*
Mar. No quiero
oir vuestras demasías.
Sal. No es ese buen miramiento.
Mar. Hablad con vuestro criado.
Laz. Yo, señora, en qué te ofendo?
Sal. Qué esto sufra mi paciencia!
mal haya, amen, el respeto;
mas yo os juro::- *Jurándosela.*
Mar. Qué decis? *Vuelve.*
Sal. Al criado estoy diciendo.
Laz. Conmigo, señora, hablaba.
Mar. Idos, Salomé, con tiento. *Vase.*
Sal. Abrasada voy en furias,
ven, y te diré acá dentro
lo que has de hacer. *Vase.*
Laz. Si no pone,
por ser Dios quien es remedio,
verán que esta rasca barbas
me

me mete en un grande aprieto. *Vase.*

Ha de haber á un lado una pintura de paises, y uno de ellos sea una puerta que se abra de modo, que no parezca que allí hay tal puerta. Abrirá Heródes por dentro, y sale embozado con espada desnuda y una linterna, vuélvela á cerrar en saliendo.

Rey. Apénas cubrió la noche
la luz con sus pardas sombras,
y en la cochera del mar
metió Febo la carroza,
quando dexando en Belen
mis criados y las postas,
adonde me he estado oculto
repasando hartas congojas,
me vine aquí de rebozo
de mi Alcázar, cuya obra
fabriqué entrando en mi Reyno,
tan galante y primorosa,
que excede á la de David,
en grandeza, ornato y pompa.
Y como es pension terrible,
la que una muger hermosa
carga sobre su marido,
quando zeloso la ronda;
al labrar este Palacio,
abrí con artificiosa
traza esta puerta en el lienzo
de esta bien pintada alcoba,
sin que los ojos mas linces
puedan descubrir la toca.
Corresponde á la muralla
en una torre famosa,
cuya llave yo reservo,
para poder sin zozobras,
aun quando me finja ausente,
como ha acontecido ahora,
entrarme sin ser sentido
al retrete de mi esposa.
Como hoy me partí sin verla,
tanto su beldad me postra,
que vuelvo ciego á sus luces
á abrasarme mariposa.
Pasos oigo, y una luz
se acerca; yo apago estotra, *Mátala.*
y me escondo: veré oculto
quando siente y quando llora;
que es Mariana muy sentida,
y quando penas la enojan,
llora gracias por los ojos,
y echa perlas por la boca.

Escóndese tras del paño, y sale Isabel con una luz, y luego Mariana. Sacan un bufete y una silla.

Isab. Que ese lance te pasó?
Mar. Ay, Isabel, que estoy loca
de ver su desenvoltura.
Isab. Es muy terrible. *Mar.* Es traidora;
mas lindas cosas le dixe.
Isab. O quién se hallara en la obra!
Te desnudaré? *Mar.* Es temprano,
y no vengo mas que á solas
contigo á llorar mis males.
Isab. Quieres cante alguna cosa?
Mar. Sí, Isabel, un tono triste.
Isab. Tomaré el arpa.
Mar. Ay, congojas!
acabadme ya la vida,
pues ya la razon me sobra,
y no pudiendo una á una,
juntaos y acabadme todas.

Canta Isabel, y Mariana se paseará.

Isab. Llorando á su ingrato amante
la hermosa Infanta de Tiro,
al mar aumenta con perlas,
y al ayre enciende en suspiros.
Vuelve, le dice, con ansias,
tirano de mi alvedrío,
pues no es escollo mi pecho
ni mis ojos basiliscos.
Sin despedirte te ausentas,
quizá porque el rigor mio
me arranque del pecho el alma
entre roxos desperdicios.
Mar. O qué bien traxiste el tono
á mi tragedia medido,
pues si fué Eneas ingrato,
Heródes es mas esquivo.
No cantes mas, déxame
un rato á solas conmigo.
Isab. Pues avisa en siendo hora. *Vase.*

Mariana se sienta en una silla, y quédase dormida.

Mar. Pienso que al sueño me rindo,
que es propio de la tristeza
ador-

adormecer los sentidos.

Al paño el Rey.

Rey. Qué linda ocasion que gozo,
para que á este hermoso hechizo
le haga el alma mil halagos,
y en mis brazos mil cariños.

Va el Rey á llegar á Mariana por detras de la silla, y sale Lázaro embozado con un papel, y al verle el Rey se retira.

Pero quién? (válgame el Cielo!)
un bulto? (qué es lo que miro!)
hombre aquí, y á tales horas?
al arma, rigores mios.

Laz. Asiendo de los cabellos
la ocasion, por haber visto
que Isabel se ha ido allá fuera,
y la Reyna se ha dormido,
vengo con pasos de estambre,
sin oir aun lo que piso,
á ver si puedo ponerle
en la mano el papelillo,
y escurrir luego la bola,
porque segun imagino,
el papel no es de alfileres,
sino de juncos marinos.
Y ya que me encargué en darle,
y hacer tan infame oficio
(aunque peor es salir
á robar por los caminos)
quiero darle, sin que sepa
que yo el alcahuete he sido,
y así cumpliré con todos,
sin haber jugado limpio.
Llego pues; mas qué es llegar?
vive Dios, que á andar no atino;
que deslumbra mucho un Sol
aun con los ojos dormidos.

Llega á la silla, y al tiempo que Mariana da voces soñando se cae aturdido.

Rey. Qué querrá este vil criado?
qué intentará este atrevido?

Mar. Heródes, esposo, adónde? *Soñando.*

Laz. Valedme, santos del Limbo,
porque yo ya huelo á muerto,
segun me voy hilo á hilo.

Rey. Soñando está, y habla en mí.

Laz. Si despierta soy perdido:
póngola el papel y escapo.

Al ir á ponerla el papel en la mano á Mariana sale el Rey furioso, y ásele el brazo, y él tropieza y cae. Despierta Mariana alborotada, y al irse á levantar de la silla encuentra con la luz, y la apaga.

Rey. Primero, infame. *Laz.* Aquí espiro.

Mar. Quién está aquí, esposo? cómo::-
(la luz apagué.) *Turbada.*

Laz. Rendido,
señor Rey, señor Heródes,
estoy como un corderillo.

Rey. Suelta el papel, suelta.

Tómale el papel, le suelta, y andan todos como á obscuras.

Laz. Suelto
tanto, que no es para dicho.

Mar. Isabel, Isabel? *Rey.* Calla;
que no gusto ni permito,
que me encuentren entre afrentas,
donde pensé hallar alivios.

Mar. Alguna desdicha temo, *ap.*
pues no sé con el designio,
que el Rey ha vuelto á Palacio.

Rey. Mariana?

Mar. Yo determino, *ap.*
con achaque de ir por luz,
escapar de este peligro:
ó si encontrase la puerta!

Va tentando para hallar la puerta.

Rey. No respondes? *Laz.* Ha cogido
quizá las de Villadiego.

Rey. Esposa? *Laz.* A esotro postigo.

Mar. Halléla, y voy á hacer gente. *Vase.*

Laz. Que tenga yo tan mal tino! *ap.*

Rey. Y tú dónde vas?

Tropieza Lázaro con Heródes, el qual vuelve á salir.

Laz. Qué encuentro!
mejor fuera de un novillo.

Rey. Dime al punto::-

Laz. Esto es degüello: *ap.*
ó quién fuera ahora cochino,
que para escapar de Heródes
vale mas que ser su hijo!

Rey. Dime, quién de este papel
ter-

tercero infame te hizo?

Laz. Señor::- *Turbado.*

Rey. Acaba. *Laz.* Será *ap.*
mejor meterlo esto á gritos?
Diga pues; mas di primero,
tienes desnudo el cuchillo?

Rey. Y que si tardas saldrá
presto de tu sangre tinto.

Laz. Qué crueldad! favor, señores,
que matan á Lazarillo.

Rey. Suelta infame y no des voces.

Laz. Yo me agacho, aunque imagino,
Métese debaxo del bufete.
que por hebra del olor
me han de sacar el ovillo.

Rey. Gente se viene acercando
á las voces y al ruido,
y no es bien que aquí me encuentren
luchando con mis delirios.
Vine amante, hallo agravios,
á lo ménos presumidos,
y aunque imaginados zelos,
sacan mucho de juicio.
Y así pues de este papel
sabré á lo que se hace el tiro,
yo me vuelvo á mi viage,
que no estoy para cariños,
por mas que á mi esposa adore,
quando sospechas, indicios,
imaginaciones, sombras,
paños, quadros y edificios
me representan desdichas,
y amenazan precipicios.

Vase por la puerta de los paises y cierra, y sale Joseph con la espada desnuda.

Jos. Pisando miedos y sombras,
y revolviendo un abismo
de confusiones, me traen
unos ecos doloridos,
grita, tropel y alboroto,
que en este aposento mismo,
concha de la mejor perla,
dosel del Sol mas lucido,
sonaban, ó me he engañado;
y aunque peco de atrevido,
pues de esta secreta puerta
he quebrantado el pestillo,
vengo a mirar todo el quarto,
y á hacer de todo registro.
Va como tentando por las paredes.
Pero todo está en tinieblas,
y parece que ès delirio
querer sin luz hallar luz,
y encontrar con los avisos.

Laz. Ello ha degollado Heródes,
pienso, á todo el Judaismo,
pues no se rebulle un alma.

Jos. Qué es esto?

Tropieza Joseph con el bufete, y Lázaro da un grito.

Laz. Santo Toribio!

Jos. Quién aquí::-

Laz. Ay, que me envaynan!

Al salir Mar. Andad ya.

Jos. Qué de prodigios!

Quédase Joseph á un lado del tablado suspenso, y sale Mariana de priesa, y se va á él pensando que es Heródes; salen sigiéndola Salomé é Isabel con luces, y todos se admiran.

Mar. Mi Rey, mi señor, mi dueño?
Heródes, esposo mio?
Mas ay triste! *Jos.* Yo, señora::-

Mar. Tú pues, cómo? (á hablar no atino)

Jos. Vine aquí. *Mar.* Dónde está el Rey?

Jos. Qué Rey? que solo escondido
he hallado á este criado.

Laz. Víneme aquí por el frio,
por si encontraba á Isabel.

Mar. Me hareis perder el juicio.

Sal. No lo pierdas no, Mariana,
que harto le tienes perdido,
pues nos traes á ver al Rey,
y hallo á mi esposo contigo. *Vase.*

Mar. Qué es esto, Cielos, qué es esto?

Laz. Encantos y laberintos:
yo he visto al Rey con mis ojos.

Jos. Pues si entró, por dó ha salido,
si allí no le han encontrado,
y yo en esta puerta asisto?

Laz. Pues aquese es el encanto.

Isab. Busquémosle divididos.

Mar. Joseph, desgraciados somos.

Jos. Ya lo noto, y ya lo miro.

Mar.

Mar. Todo lo encuentro fracasos.
Jos. Todo lo encuentro peligros.
Mar. Estar alerta conviene.
Jos. No temo si no hay delito.
Mar. Los zelos buscan traiciones.
Jos. Tambien hallarán castigos.
Mar. Dios me saque de este encanto.
Jos. Líbreme Dios de este abismo.

JORNADA TERCERA.

Salen Mariana y Joseph cada uno por su puerta.

Mar. Reposa contenta el ave,
que con providencia suma,
hace olandas de su pluma
mas astuta y ménos grave:
Del Alba al alvor suave
trina con dulce armonía
motetes por ver que el dia
rompe la noĉturna calma;
y teniendo yo mas alma
tengo ménos alegría!
Jos. Descansa contento el bruto,
quando al descoger la sombra
cama aliña en verde alfombra
ménos grave y mas astuto:
Y apénas le quita el luto
al Alba la noche fria,
quando con bruta agonía
hace plato entre el placer;
y teniendo yo mas ser,
tengo ménos alegría!
Mar. Cruza amante el arroyuelo,
galanteando á las flores,
dando abrazos por favores,
ya corriente, ya hecho yelo:
Todo su afan y desvelo
es irse de flor en flor,
haciendo con gran primor
dulces quiebros á despecho;
y teniendo yo mas pecho,
tengo yo ménos amor!
Jos. Despliega el voton la rosa
al despertar la mañana,
y con basquiñas de grana
le amanece el Alba hermosa:
Y el Sol, aunque vergonzosa
la mira, con ardimientos
entre sus rayos sedientos
la agasaja y la convida;
y teniendo yo mas vida,
tengo yo ménos alientos! *Vense.*
Mar. Josepho? *Jos.* Señora mia?
Mar. Cómo tan temprano aquí?
Jos. Como nunca estoy en mí,
salí á ver si amanecía:
viendo el Jardin hecho dia,
luego el alma adivinó,
que en ti la luz madrugó
á darles vida á estas plantas;
y así, si tú te levantas,
qué mucho madrugue yo?
Mar. Dexa de lisonjearme,
Josepho, porque estoy tal
desde la noche fatal,
que el Rey á atemorizarme
vino (si no fué á matarme)
que por mas que me reprimo,
me esfuerzo, aliento y animo,
no tomo placer ni gusto;
y así entre penas y susto,
me atormento y me lastimo.
Jos. Ya en tanto tiempo podias
haberte desengañado,
en que fué solo el criado
quien causó tus fantasías.
Mar. Dar fin á las penas mias
tú solo, Joseph, pudieras.
Jos. De qué forma? hablas de veras?
Mar. Con matarme. *Jos.* Eso es rigor.
Mar. Tú dixiste, que era amor.
Jos. Son del Rey esas quimeras.

Salen asustados Isabel y Lázaro, Isabel en enaguas, y Lázaro en cuerpo.

Isab. Señora? *Laz.* Señor?
Jos. Qué traes? *A Lázaro.*
Mar. Qué quieres? *A Isabel.*
Isab. Vengo difunta.
Laz. Vengo muerto.
Jos. Pues qué ha sido?
Mar. Habla, acaba, que me asustas.
Isab. Sabrás pues (á hablar no acierto!)
Laz. Las palabras se me anudan.

Mar. Hay confusion como esta!
Jos. Hay semejante locura!
Laz. Yendo á buscar á Isabel
entre veras y entre burlas,
para cantarla á lo dulce
quatro pares de aleluyas::-
Isab. Encontréme en tu aposento,
que como sé que madrugas,
llevaba luz, y lo hallé
sin ti dos veces á obscuras.
Laz. Y apénas sin ceremonias
dos requiebros nos saludan,
(que no hay que andar con rodeos,
sí decir verdades puras)
quando vimos (aquí tiemblo!)
que el quarto se descoyunta,
abriéndose en los paises
una profunda rotura.
Isab. Quedamos casi difuntos
quando como de una gruta
vimos salir (aun lo dudo)
á tu esposo. *Laz.* Lindas dudas,
quando me ha puesto mi cuerpo
con doscientas mataduras.
Mar. A quién? *Jos.* Qué dices?
Isab. Al Rey
mi señor. O suerte dura!
Laz. Dilo claro: á Heródes vimos,
que con la espada desnuda,
y en la mano una linterna,
iba entrando á hacer visura.
Isab. El pensaba hallarte á solas,
y yo al punto, que pregunta
por ti, del modo que estaba
sin arte y medio desnuda
escapé y tomé la puerta.
Laz. Y á mí me cargó las bulas;
porque en pegando conmigo,
ardiendo en saña y en furia,
sobre un papel, aun de marras,
volvió á hacerme repreguntas.
Yo viéndome apretar tanto
la gayta de la asadura,
y que no estaba en un tris
dexarme la vida á obscuras,
canté la verdad de plano,
contando virtudes tuyas,
y diciendo, que mi ama
me hizo hacer la travesura;
que hay muger, que por vengarse,
y por salir con la suya
echará á un marido á Heródes,
y á un mozo á la sepultura:
(esto es allá un cuento largo)
mas él que á su hermana juzga
por santa, y es un demonio,
comienza á darme una tunda
de patadas, que no sé
cómo me traigo figura.
Si es encanto ó no es encanto,
como quando hubo la duda,
esto nos ha acontecido,
id á verlo, pues os busca.
Mar. Qué enigmas, Cielos, son estas?
qué prodigios, qué aventuras,
que aunque mas el alma aliente
me atemorizan y asustan?
Jos. Vamos á ver la verdad
de esta enigma tan oculta;
que un Rey, por extremo amante,
si golfos de zelos surca,
por mas Magestad que tenga,
hara extremos y locuras *Vanse.*
Laz. Yo no he de ver mas enigmas,
ellos allá la descubran,
pues irme al degolladero
quando ya voy de dos zurras. *Vase.*
Salen Heródes terciada la capa, y la espada desnuda, y Salomé á medio vestir.
Sal. Qué es esto, hermano, que traes
tan demudado el color,
tan de pendencia el semblante,
tan ahogada la razon,
tan sin aliño el vestido,
tan sin arte el pundonor?
Cómo tan sin Magestad,
tan solo, y á esta sazon
(pues apénas á las puertas
del Alba ha llamado el Sol)
entras en Jerusalen,
quando acá se imaginó,
que arrastrados tus contrarios
hicieras ostentacion
en la Corte, al son de trompas,
de tu potencia y valor?

Qué

Qué cosas hay que te aflijan?
qué enemigo ó qué traidor
te conduce á tal estado
de tristeza?
Rey. Zelos son;
zelos me quitan la vida,
zelos me manchan mi honor,
zelos me traen de esta suerte,
que causas menores no:
que quien para muger propia
muger hermosa buscó,
por mas honesta que sea,
se carga mucha pension.
Sal. Pues si solo eso te aflige,
iguales vamos los dos.
Rey. Pues tú de quién tienes zelos?
(ya adivino mi dolor) *ap.*
quando es Joseph tan atento.
Sal. Ya estamos en la ocasion: *ap.*
qué harémos, alma, qué harémos?
declararos es rigor,
pues ha de pagar Joseph
con la vida la traicion:
si callais, es lid perpetua,
y tormento contra vos:
quál pues de estos dos extremos
elegis? (pesia mi amor!)
ea, mueran los traidores.
Rey. De qué estás con confusion?
Sal. De descubrir yo lo mismo,
que quisiera callar yo.
Sabrás, hermano (ó qué pena!)
que tu esposa (ó qué dolor!)
con mi marido (ó qué muerte!)
tiene gran conversacion
(que á quien entiende esto basta)
que á los vidrios del honor
el aliento los empaña,
y el tratarlos los quebró.
La aficion es muy de atras,
causas tus ausencias son;
que muger moza y hermosa,
y ausente el marido, hoy
se tiene por maravilla
la que cuida del honor.
Hartas cosas ví y callé,
porque nunca imaginó
mi pecho, que aquellas cosas
ahondaban en la aficion.
Mas quando con mas descaro
la máscara se quitó
la vergüenza, fué esta vez,
pues es rara la ocasion
en que no los hallen juntos
siempre á solas á los dos.
Declaréme con Mariana,
y tales cosas me habló,
hasta meterse en linages,
que revienta el corazon
de refrescar las heridas,
que indefenso recibió.
Esto pasa: si tus zelos
nacen de esto, justos son;
Rey eres, tuya es la causa,
haz justicia y clama á Dios.
Rey. O pesar de mi fortuna!
pues quando el alma pensó
hallar en ti desengaños,
halla pruebas del dolor.
Quando me ausenté de aquí
(ya sabrás la confusion
de aquella noche) quité,
por mas que lo resistió,
á Lázaro este papel;
y tanto me embarazó,
quando Antonio me llamaba,
publicar mi detencion,
que abrasado en vivos zelos
reservé para mejor
ocasion averiguarlos.
Salió el pleyto en mi favor,
y Antonio anduvo galante,
con que apagué otro turbion
de otros zelos y sospechas:
parto pues tras de mi honor,
llego oculto hasta mi quarto,
hallo á Lázaro, y feroz
le amenazo con la muerte,
con que al punto confesó,
que tú el tal papel le diste
para Mariana.
Sal. Ah traidor! *ap.*
Rey. Mas con lo que tú me informas,
yo pienso que me mintió,
y que se le dió Joseph.
Sal. Tente, que no quiero, no,

que se la cargue esta culpa,
esto mi ingenio trazó
para ver si Mariana
correspondia á su amor.
Rey. Pues con eso me has quitado
muchas cargas de pasion;
y pues de esto le haces libre,
lo demas mirémoslo,
Salomé, con muchos ojos;
porque en los casos de honor,
si no se va con gran tiento
se suele hacer tal borron,
que un crédito se desdora,
y se mancha una opinion.
Sal. Basta, que estás ya muy tierno,
pues que juzgas por mayor
agravio escribir dos letras,
que tener conversacion.
Rey. Quiero mucho á Mariana,
y quisiera, vive Dios,
que nadie hablara mal de ella
por mas que la acuse yo. *Vanse.*

Salen Mariana, Joseph, Lázaro é Isabel.

Jos. Veis ya como no está aquí
el Rey ni hay rotura abierta?
Isab. Señor, yo ví aquí una puerta.
Laz. Juro á Dios, que yo la ví,
y que es verdad quanto hablo.
Mar. En fin, se desvaneció.
Laz. Quizá el diablo la cerró,
supuesto la abrió algun diablo;
mas es posible. Ay Dios mio!

Llega Lázaro como á empujar la pared, y se abrirá la puerta, y retírase hácia atras medroso y admíranse todos.

Tenle, que sale, señor.
Jos. Caso raro!
Mar. Bravo horror!
Laz. Decid ya si es desvarío?
Jos. Esta ha sido invencion rara,
al fin de un Rey y zeloso.
Laz. Mas quisiera ver á un oso,
que volver á ver su cara:
irme es medio mas suave,
mas él vuelve hecho una fiera.

Al entrarse encuentra con Heródes que sale, y se suspende.

Rey. Que tal descuido tuviera,
que aun no torciera la llave!
ya la han visto y la han abierto:
disimulemos. *Mar* Señor?
conmigo tanto rigor?
Jos. Qué airado mira! estoy muerto! *ap.*
Rey. Estad, señora, en buen hora.
Jos. Deme vuestra Magestad
sus Reales pies. *De rodillas.*
Rey. Apartad;
idos y dexadme ahora.
Jos. Señor, cómo, pues yo:- *Turbado.*
Rey. Haced
lo que os mando y no os turbeis.
Jos. Vos mi lealtad conoceis.
Rey. Por eso os hago merced:
tomad, Joseph, esta llave, *Dásela.*
y entraos por aquí á mi quarto.

Señala la puerta.

Laz. El cuello me huele á esparto
con esto y con lo que sabe. *ap.*
Jos. Voy, señor, á obedecerte:
privados, miraos en mí,
que ayer el valido fuí,
y hoy voy á buscar mi muerte.

Vase por la puerta del pais, y ciérrala el Rey.

Rey. Mariana? salios vosotros. *A los Criad.*
Laz. Dios dé á vuestra Magestad
cinco mil años de edad:
corramos como unos potros. *Vanse.*
Mar. Qué es esto, Heródes, qué es esto?
que he reprimido mis labios
por no decir pesadumbres
delante de los criados.
Al cabo de tanta ausencia,
de tantos dias al cabo,
quando son las quejas mias
vienes rigores formando?
Mas no lo extraño, que es propio
siempre de aquel que ha agraviado
adelantarse en las quejas
para encubrir sus agravios.
Sin despedirte te fuiste:
Dios sabe si lo he llorado,
que desayres á quien siente,

son

son heridas para llanto.
Veniste, y quando pensé
vinieras tierno á mis brazos,
vienes falseando paredes,
que en esto se vé eres falso.
Para qué, di, fué esta puerta
tan oculta, y á mi quarto?
Mas ya entiendo tus rezelos,
y si piensas que te hago
traicion por haberme visto
á tu amor escollo helado,
áspid sorda á tus finezas,
mármol frio á tus halagos,
te engañas, señor, te engañas;
porque es mi honor tan honrado,
que no le iguala en pureza
la pureza de estos astros:
que la que es muger de bien,
aunque tenga mal hallado
el gusto con su marido,
no por eso ha de agraviarlo.
Bien lo has visto, bien lo has visto
las veces que habrás entrado
oculto á verme en mi lecho;
sino es que entraste (ah tirano!) *ap.*
para darme tú la muerte,
que encomendaste á otro brazo.

Altérase el Rey.

Pluguiera á Dios no volvieras;
pero no, vivas mil años:
muera yo, viviendo tú,
que aquello fué hablar acaso,
porque en mí, Joseph, cumpliera
lo que te juró en tus manos.

Rey. Vive Dios, de un desleal::- *ap.*
y tú, cierra ya los labios,
y quando agravios encuentro
no te justifiques tanto.
Así se le guarda á un Rey *ap.*
el secreto? Ah vil cuñado!
para que quiero mas pruebas,
quando hay delitos tan claros?

Mar. Pues de qué, de qué te alteras?
ni por qué fulminas rayos
de enojo, quando ya sé,
que como me quieres tanto,
aun muerto tú, no querias
me gozase en otros brazos?
Por modo de encarecerme
este tu amor, aunque extraño,
se explicó Joseph conmigo,
(qué mal hice en declararlo!)
y así, señor, por tu vida,
por mi amor, por todo quanto
sueles decir que me estimas,
te suplico::-

Rey. Otro cuidado! *ap.*
por él ruega: al arma, honor:

Mar. Que por mí no venga daño
á Josepho.

Rey. Ya, qué espero? *ap.*

Mar. Que le debes::-

Rey. A qué aguardo? *ap.*

Mar. Muy buenas correspondencias.

Rey. Así le dé Dios el pago:
esto es hecho: aquí acabó *ap.*
de confirmarse mi agravio.
Quanto Salomé me ha dicho,
y aun el papel que ha negado,
los casos de mi locura
(que no fuéron muy acasos,
quando pensando era Antonio
le juzgaba mi contrario)
descubrirme mis secretos,
romper juramentos santos,
rogarme por él Mariana,
todos son indicios claros
de mi deshonor y afrenta;
pues eche la muerte el fallo.

Mar. Qué intentas, señor, qué intentas?

Rey. Castigar á temerarios.

Mar. Mátame á mí la primera.

Rey. Eso se verá de espacio.

Mar. En qué te he ofendido?

Rey. En mucho.

Mar. Tu hermana te habrá informado.

Rey. Mi hermana es una Idumea,
y no hay que hacer de ella caso.

Mar. Picóse? Ah traidora vil! *ap.*
yo soy la que ménos valgo.

Rey. Por qué ruegas por Joseph?

Mar. Porque desatenta he andado
en decir lo que me dixo.

Rey. El anduvo mas villano.

Mar. Y si piensas que otra cosa
mueve á mi pecho bizarro,

 ni

ni que hay contra tu decoro
de ofensa el menor amago,
te engañas, sí, vive el Cielo;
y así súplicas dexando
(que súplicas pueden poco
con un corazon tirano)
exâmina, inquiere, busca
delitos, procesos, cargos,
prende, atormenta, castiga
cruel, riguroso y bravo,
que quando un triste perezca
á manos de los engaños,
ya se sabe, que el suplicio
se hizo para desdichados.
Muera yo, muera Joseph,
mátanos, señor, á entrambos,
porque han de ser los castigos
iguales con los agravios.
Acábenos un veneno,
quítenos la vida un lazo,
ó si hay sed de nuestra sangre,
saca ese acero gallardo,
y abre puertas del coral
en mi pecho de alabastro;
que los que cumplen mas bien
con el duelo de lo honrado,
no hacen cuenta que se vengan
si no se tiñen las manos.
Porque yo de todos modos
triste, penosa, llorando,
desabrida, viva ó muerta,
daré testimonio claro,
que muero inocente rosa,
que aunque el Sol la ha castigado
con lo inmenso de sus lumbres,
con lo ardiente de sus rayos,
no por eso, no por eso
dexan de saber los prados,
que ella murió casta y pura,
y él castigó temerario. *Vase.*

Rey. Mucho puede una hermosura,
mucho arrastra un dulce encanto;
mas en tocando al honor,
se queda el amor á un lado.
Muera, muera; pero tente,
tente, lengua, y habla paso,
que hieren mas los acentos,
que un rigor executado.
Muera; pero no se diga,
que en casos que afrentan tanto,
la sentencia ha de ir á sordas,
y la execucion callando.
Daré cuenta á mi Consejo,
y ellos miren allá el caso,
que las causas de los Reyes
necesitan muchos sabios. *Vase.*

Salen Salomé y Lázaro.

Sal. Lázaro, no me atormentes,
qué ha pasado? dilo presto.

Laz. Que hay, señora, mucho mal,
y que Heródes anda suelto,
que es mas que diablo, y fulmina
rayos, que tiembla el infierno.
Mi señor está enjaulado,
que aun es algo mas que preso,
pues la puerta por dó entró
es un secreto tremendo.
Mariana está muy llorosa,
dando mas perlas á un lienzo,
que la Aurora quando el Sol
la arrastra de los cabellos.
Los Grandes andan confusos,
los dos Consejos suspensos,
los de la Guardia aturdidos,
todo el Palacio revuelto.
Unos á otros se miran,
sin poderse sacar de ellos,
sino todo admiraciones,
todo espantos y silencios.
De mí se recatan todos,
y aun señalan con el dedo,
quizas pensando que soy
el tercero de estos cuentos.
Y así yo con tu licencia
quiero, señora, irme á un yermo
á imitar á San Elias,
aunque huyan de mí los cuervos.
Mas vale ser Ermitaño,
que es oficio honrado y bueno,
que no aguardar que un verdugo
me manosee el pescuezo.

Sal. Oye, espérate.

Laz. No estamos
en tiempo de detenernos,
que anda el caso de tropel,
no me lleven de un encuentro.

Sal.

Sal. Adónde hallaré á mi esposo?
Laz. Pues eso es lo que sé ménos.
Sal. Y el Rey?
Laz. Dicen se ha encerrado.
Sal. Y Mariana? *Laz.* En su aposento.
Sal. Y llora mucho? *Laz.* Que es pasmo.
Sal. Eso sí, pesia mis zelos,
llore, llore, sienta, pene,
gima, brame y haga extremos,
que aun no me doy por vengada
miéntras con vida la veo:
ven, busquémos á tu amo.
Laz. Yo voy tras ti: vive el Cielo, *ap.*
que esta muger es un diablo,
y que solo sus enredos
han de ser causa que pierdan
honra y vida muchos buenos. *Vanse.*

Sale Joseph como preso.

Jos. Muerte, si habeis de venir
mucho pienso que os tardais,
que aunque el vivir me alargais,
es mas muerte este vivir:
Contento habré de morir,
pues la causa por quien muero,
fué del alma amor primero;
pero con recato tanto,
que aun con palabras de llanto
jamas dixe, yo te quiero.
Si ha sido delito amar
sin hacerle al Rey agravios,
júzguenlo todos sus sabios,
que no lo quiero juzgar:
Si amar, ver y visitar
á la Reyna con lisura,
lo juzgaren por locura,
y castigaren por loco,
muera yo, que todo es poco,
pues me mata una hermosura.
A esta Torre reservada
me mandó venir el Rey;
y en él la obediencia es ley,
aunque manda apasionada:
Ya la noche desgreñada
manto de estrellas se ha echado,
sin que para mi cuidado
descubra la menor luz;
pero bástale un capuz
á quien muere desdichado.

Salen Mariana é Isabel con una luz, que pondrá sobre un bufete, y se volverá á la puerta.

Mar. Pon la luz allí, y ten cuenta
con esta puerta, Isabel:
Joseph? (Ah pena cruel!)
Jos. Qué voz divina me alienta!
O señora? pues qué intenta
aquí vuestra Magestad?
Mar. Vengo á darte libertad,
Joseph, entre mil desmayos,
porque llueve el Cielo rayos,
y es grande la tempestad.
El Rey, segun he sabido,
ya tu sentencia ha firmado;
á un cuchillo ha condenado
tu vida (pierdo el sentido!)
Mi causa, la ha remitido
al Consejo Senedrin,
y tambien saldrá mi fin;
que en semejantes agravios
son pocos sesenta sabios
si un Rey levanta el motin.
Yo arriesgada, y sin temer
ira, enojos ni rigor,
(porque sé tener valor,
aunque me miro muger).
sin reparar en perder
la poca que tengo vida,
vengo á ser agradecida
á la que honesta aficion
siempre ví en tu corazon
grata, honrada y comedida.
Joyas, dinero y caballo
junto á esta puerta te espera;
vete en paz, que no quisiera
este intento malograllo:
Y tan gozosa me hallo
de que en tan penosa calma
lleve mi valor la palma,
que aunque muera yo, haré cuenta,
que he echado la vida en renta,
y que me debes un alma.
Jos. En tus soberanas plantas
pongo la boca y los ojos,
rindiendo el alma en despojos
por pagar mercedes tantas:
Tu heroyco blason levantas
has-

hasta las celestes cumbres;
á tus pies rinda sus lumbres
el mas galante farol,
que es bien que se humille el Sol
á quien templa pesadumbres.
Pero quedo tan corrido,
confuso y avergonzado,
que temo quedar quebrado
en deudas de agradecido:
Déxame morir, te pido,
que no puedo obedecerte;
porque fuera rigor fuerte
en tan penosa partida
irme yo á buscar la vida,
y dexarte á ti en la muerte.
Demas que diera ocasion,
dexando aparte lo ingrato,
que hay entre los dos mal trato,
pues me voy de la prision:
No manchemos la opinion
con lance desacertado;
porque un vulgo mal hablado,
es mucho lo que deshonra,
y es mejor morir con honra,
que no vivir afrentado.

Suena dentro ruido, y dicen:

Uno. Adelante. *Otro.* Apriesa.

Otro. A la torre.

Sale Isabel alborotada, y se va luego.

Isab. Señora, la guardia suena.

Mar. Me habrán sentido (ay dolor!)
huye, Joseph, por mi amor.

Jos. Ya no es posible. *Mar* O qué pena!

Salen Guardias con alabardas.

Guard. El Rey, gran señora, ordena,
paseis al quarto de adentro.

Mar. Todo es muertes quãto écuétro! *ap.*

Guard. Y vos, Joseph, aquí entrad.

Jos. Esto es morir. *ap.*

Mar. Qué crueldad! *ap.*

Jos O si me tragara el centro! *ap.*

Llevan dos Guardas á Joseph por la puerta que saliéron, y otro va con Mariana por la otra puerta, y volverá á salir sola por la de en medio, y habrán puesto dos luces en un bufete.

Mar. Ya estamos, alma, en prisiones,
mostrad, mostrad valentía,
que siempre es de pechos grandes
hacer pecho á las desdichas.
Para ahora es el aliento,
para aquí las bizarrías,
que no hay mayor altivez,
que saber morir altiva.
Muérase con inocencia,
y mas que nunca se viva,
que la vida de la honra
es siempre la mejor vida.
Honrada lo he sido, y tanto,
que aun con vivir desabrida,
y haber tenido aficion
á otro que me la tenia,
jamas, ni aun con pensamiento,
le dí al honor una herida,
porque en el mayor impulso
supe vencerme á mí misma.
Y así, vengan ya las penas,
rigores, tormentos, iras,
aprisionen, atormenten,
partan, destrocen, dividan
este cuerpo, cuya sangre
regando estas losas frias,
clamará al Cielo venganzas,
y á Dios pedirá justicia.

Dent. Jos. Muero inocente.

Mar. Ay de mí!
la vida á Joseph le quitan
por mi causa, por mi causa:
aquí el valor se aniquila,
aquí desmayan los brios,
aquí el corazon palpita.
Ya no soy yo Mariana,
ya lo valiente se humilla,
ya lo alentado se postra,
ya lo bizarro se eclipsa.
Ay de mí!

Cae desmayada en una silla, y poco á poco se irá desgajando por lo alto una nube, en la qual se descubrirá la Fama ricamente vestida, coronada de laurel, y en las manos una palma.

Fam. Mariana, escucha.

Mar. Quién eres, dama divina, *En sueños.*
que me alientas con tu voz,

y

y con tu vista me alivias?
Fam. Yo soy la Fama, que vengo
á darte muchas noticias
para templar tus congojas,
y aliviar tus agonías.
Tiende los ojos serenos,
por esos ayres, y mira
las crueldades con que Heródes
destruye las mas familias.
Mira allí á tus padres muertos,
y hasta los hijos que crias,
con que ya la Regia estirpe
de tu casa está extinguida.
Mira á todo el Senedrin
ahogado en su sangre misma,
que aun el rigor no reserva
á un Senado de justicia.
Mira á Belen y á sus Pueblos
hechos tal carnicería,
que bermejean las casas
con rios de coral tintas.
Mas de cien mil inocentes
dan al cuchillo las vidas,
para que tengan los Cielos
mas estrellas que los sirvan.
La causa de muertes tantas
es una mortal envidia
de Heródes, porque no haya
quien el laurel le desciña.
Mas ya un Niño, Sol hermoso,
aunque entre pajas se abriga,
nace gran Rey de Judá,
y deseado Mesías.
Despierta Mariana.
Mar. Espérate, Fama, aguarda:
qué Doncella peregrina,
orlada de un Niño Sol,
que en sus brazos acaricia,
es la que por aquel valle
va medrosa y huye aprisa?
Fam. Esa es Madre del gran Rey,
y Doncella, aunque parida,
que huye del tirano Heródes
á las remotas provincias.
Mar. Seguiréla?
Fam. Con el alma.
Mar. Cómo se llama?
Fam. María.
Mar. Dulce nombre.
Fam. Es gran Señora.
Mar. Su madre?
Fam. Ana se decia.
Mar. Gracia suena.
Fam. Y mucha gracia;
y así, pues tú participas
de dos nombres tan heroycos,
Mariana, Ana María,
aliéntate en tus trabajos,
anímate en tus desdichas,
que yo haré tu fama eterna
á pesar de tiranías.
Desaparece en la nube.
Mar. Válgame el Dios de Israel!
Es encanto? es fantasía?
son sueños, ó son verdades
las que ha tocado mi vista?
Pero qué dudo, qué dudo
ser verdad lo que me anima,
quando alborozada el alma
me está vertiendo alegrías?
Ea, venga ya el verdugo,
tienda, tienda la cuchilla,
que si á tantos inocentes
degüella una tiranía,
que hasta la Madre de Dios
huye por salvar la vida,
no es mucho, que yo perezca,
y el cuello al acero rinda,
quando muero como noble,
y hay fama que se publica
la inocencia castigada
de Heródes Ascalonita. *Vase.*
Suenan caxas destempladas y una trompeta, y sale Lázaro.
Laz. Sordinas por la mañana,
y haberse hecho cadalso,
y no parecer Joseph
ni la Reyna? malo, malo.
Andar todos aturdidos,
los Ministros á caballo,
los Escribanos confusos
con procesos? malo, malo.
Estarse quemando el dueño,
ser yo el vecino y criado,
haber verdugo y Heródes?
harto os he dicho, mirarlo.

Mas qué alboroto es aquel,
que á las puertas de Palacio
divide en tropas la gente,
y el grito levanta en alto?
Vive Dios, que he de ir á verlo,
que si he de morir ahorcado,
por demas es el andar
huyendo de los espartos. *Vase.*

Salen dos Pages, y sobre un bufete tenderán unos manteles, los quales con el servicio que pusieren á la cabecera pan, salero y cuchillo estarán salpicados con sangre. Sale Heródes, y se sienta á la mesa, y daránle agua á manos Isabel de rodillas con una fuente en una mano, y un jarro en la otra con agua ensangrentada, y Salomé le echará una tohalla ensangrentada tambien.

Rey. Ola! dadme la comida;
descanse el pecho, descanse,
pues las manchas de mi afrenta
las he lavado con sangre,
venga el agua: mas qué es esto?
Túrbase al ver la sangre.
Isab. Señor mio, no te espantes,
porque la sangre que viertes
tiñe todos los cristales.
Rey. Y tú qué me das aqui?
Al echarle la tohalla.
Sal. No hallo otro lienzo que darte,
pues sangre de Joseph mancha
las olandas y cambrayes. *Llora.*
Rey. Ahora lloras? tú no fuiste
quien sus culpas me acusaste?
Sal. Fuéron zelos.
Rey. Pues con zelos
diera la muerte á mi padre.
Toma el pan, y lo parte con el cuchillo y sale sangre.
Salpicado en sangre miro
quanto me poneis delante,
cuchillo, pan y manteles;
y si es que por motejarme
de cruel lo haceis, por vida
de Mariana, que acabe::-
mas qué digo? con quién fuiste
tan presto, lengua, á encontrarte?
Comienza ahora á comer.
Vive Dios, que esta Mariana
hace del alma y deshace
como quiere; pues no importa
que haga mi rigor alardes,
para que el amor inmenso
con que la idolatro amante
dexe de hacer sus afectos
templándome los pesares.
Válgate Dios por Mariana!
Ola!
Sale una Guarda.
Guard. Señor?
Rey. Al instante
se suspenda del castigo
la execucion.
Sale Lázaro.
Laz. Ya es muy tarde.
Dent. voces. Justicia, Cielos, justicia.
Rey. Qué alaridos lamentables
son estos?
Laz. Yo lo diré.
Rey. Acaba presto.
Laz. Escuchadme.
Salió la hermosa Mariana,
aquel Sol que idolatraste,
aquella luz de tus ojos,
por mas que el rigor te engañe,
salió, no como otras veces
con el festivo ropage,
que la adornaba el aseo,
y la componia el arte,
sino envuelta entre vayetas;
mas con ellas tan galante,
tan por los cabos hermosa,
que haciendo gala el desayre,
al dia le añadió luces,
y al Sol prestó Magestades.
La Corte que se abrevió
en la plaza con ser grande,
cotos de damas gallardas,
varias tropas de galanes,
con el vulgo, que confuso
sus puestos previno ántes,
se hicieron todos al llanto,
quando viéron el talante,
lo bizarro del despejo,
del dulce mirar lo grave,

con que sin hacer melindres,
ni turbados ademanes,
se apeó de la carroza,
y del teatro espantable
fué subiendo la escalera,
como si hubieran de darle
allí de todo un Imperio
la corona de diamantes.
Tal fué aquí la vocería,
tal la grita, que aun el ayre
de embarazado parece
que dió muestras de quejarse.
Y quando tanta ternura
en su pecho ocasionarle
pudo un diluvio de perlas,
ó de lágrimas dos mares;
tan sereno tuvo el Cielo
de su rostro, que al mirarle
pareció esculpida en mármol,
ó en marfil preciosa imágen.
Con magestuoso meneo
por el tablado adelante,
hasta la enlutada silla
cuenta los pasos fatales.
Siéntase, y con un suspiro,
que á un brazo hiciera dar sangre,
dixo: no lloreis, vasallos,
que os juro, que muero mártir,
honrada como quien soy,
é inocente como un Angel.
No habló mas, sino mirando
al verdugo, que cobarde
de ver tanta valentía,
tiembla sin saber que hace,
ella le puso en las manos
el cuchillo, y con donayre,
desabrochando el marfil
del cuello con sus cristales,
acaba, dixo, no temas;
y él ya entónces sin turbarse,
de dos golpes derribó
de aquellos hombros atlantes
la cabeza mas hermosa,
que respetáron deidades.

Levántase Heródes furioso tomando el cuchillo de la mesa.

Rey. Qué dices, infame? calla,
calla, calla, y no me engañes:
Mariana muerta y yo vivo!

Sal. Desde aquí desengañarte
podrás sin hacer extremos.

Corre Salomé una cortina, y aparecerá en lo alto Mariana sentada en una silla como degollada.

Isab. Ay dolor!

Laz. Funesto trance!

Rey. Es verdad esto que miro,
ó son acaso disfraces,
ó apariencias de la idea,
ó sombras porque me me espante?
Mariana, Mariana, dime,
eres tú la que cadáver
yaces vertiendo la vida
por púrpuras y corales?
eres tú? dímelo presto,
porque este brazo derrame
mas sangre en venganza tuya,
que el Nilo arroja en cristales.

Cúbrenla.

Dent. voces. Justicia, Cielos, justicia.

Rey. Vengadme, Cielos, vengadme;
Mariana, Mariana, á ellos.

Laz. Señor?

Salom. Hermano, qué haces?

Trastorna la mesa, y detras de todos con el cuchillo empuñado:

Rey. Mariana, aquí de mis iras.

Laz. Huye, no nos descalabre. *A Isabel.*

Isab. El juicio ha perdido,

Salom. Ay Cielos,
quién vió desdicha mas grande!

Vanse huyendo, y el Rey tras ellos; entrando por una puerta, y saliendo por otra.

Rey. Mariana, sin ti no hay vida,
Mariana, vengan pesares,
Mariana, lluevan desdichas,
Mariana, rayos me abrasen.
Y si penas y tormentos,
dolores, fuegos, volcanes,
rabias, iras y desdichas
no bastaren á acabarme,
ábrame este acero puerta
en el pecho, y tinta en sangre
salga el alma pregonando,
quien tal hizo que tal pague. *Vase.*

Laz. Y aquí tiene fin la historia
trágica, y todas verdades,
de Heródes Ascalonita,
con la muerte lamentable
de la mas bella Mariana,
muerta por zelos infames.
Si alguno por mas extenso
quisiera ver sus crueldades,
lea á Filon y á Josepho,
ó á Pineda en sus Anales.

F I N.

Con Licencia: en VALENCIA: En la Imprenta de los Hermanos de Orga, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos.
Año 1793.